

2. La construcción social del desaparecido

En el capítulo anterior se ha visto cómo los desaparecidos eran mantenidos en una zona intermedia entre la vida y la muerte, suspendidos entre ambas, en el interior de los CCD, pero también cómo los sitios del terror clandestino mantienen una correspondencia necesaria con el “afuera”, con la sociedad donde tienen lugar. ¿Hay un modo de identificar esa zona de la desaparición en las noticias? ¿Cómo se crea un espacio donde parece irrelevante quienes son los desaparecidos, si están vivos o muertos, si son personas o cosas? ¿Cómo se construye, en definitiva, a un *homo sacer* en la prensa? ¿Hay en el reducido campo de negociaciones ofrecido por los diarios margen para disputar ese modo de presentarlos? ¿Cómo se usa?

Estas cuestiones, derivadas del planteo expuesto anteriormente, han guiado la lectura del material de prensa analizado que se verá en capítulos siguientes. En éste nos ocuparemos de enlazar a esas preguntas con el análisis empírico de las publicaciones elegidas. En primer lugar expondremos las operaciones sociales que contribuyen a la formación colectiva de un *homo sacer*, a través de la creación retórica del “subversivo” por los militares y de las tendencias hacia su invisibilización, exclusión y cosificación, categorías sobre las cuales se establecen las negociaciones para resituar a los desaparecidos en tramas de pertenencia social. El segundo apartado expone la situación de la prensa durante el período estudiado y define el campo de lo decible para nombrar a los desaparecidos que, aun en el breve margen que deja para eso una situación de dictadura, permite identificar actores y estrategias disidentes. Por último se explicará y fundamentará la elección del corpus, la delimitación de los períodos de análisis y las preguntas que guiaron la lectura del material.

2.1 Cómo se construye un Desaparecido

Los regímenes autoritarios o totalitarios que han perseguido la disidencia y/o la diferencia han puesto cuidado en definir a aquellos *otros* objeto de su hostilidad. La construcción simbólica de una “otredad negativa” es una de las primeras operaciones que realiza un régimen tal para acotar la parte de la población que será luego discriminada y hostigada.⁶¹ Las personas que fueron objeto de desapariciones no pertenecían a un grupo étnico o

⁶¹ Ver por ejemplo Feierstein 2000a

nacional diferente al resto de la población. Eran, pese a los esfuerzos retóricos de los militares por sugerir lo contrario, miembros plenos de la sociedad argentina, a menudo vinculados a densas redes de pertenencia familiares, laborales, políticas, vecinales. No se trataba de personas “diferentes” exteriormente, cuyo aislamiento o marginación podría facilitarse por ser “reconocibles” por el color de la piel, como en el *apartheid* sudafricano, ni fueron obligados a portar un símbolo distintivo, como los judíos bajo el nazismo. ¿Cómo señalar a un “otro” entre iguales? ¿Cómo aislar a un individuo, un ciudadano pleno de derechos y lograr que se convierta en *homo sacer*?

En su análisis de un modelo de relación entre un grupo “establecido” y uno “marginal” Norbert Elias ha demostrado que las operaciones de estigmatización y marginalización de grupos no responden a características intrínsecas de las comunidades o los individuos señalados sino que son relaciones sociales. Para tener lugar, estos procesos colectivos no precisan apoyarse en diferencias reales sino contar con una configuración favorable para establecer una relación desigual.⁶² Como afirma Zygmunt Bauman, los términos “nosotros” y “ellos” no representan necesariamente a dos grupos separados de personas, sino más bien “la distinción entre dos actitudes diferentes: entre la vinculación emocional y la antipatía; la confianza y la sospecha; la seguridad y el miedo; la colaboración y la competencia.” (Bauman 1994: 44) Para crear esas emociones hacia seres semejantes, vecinos, colegas, es preciso crear una distancia entre las personas concretas y aquellos estereotipos, puesto que lo que indigna la conciencia moral si afecta a personas conocidas, produce indiferencia cuando se dirige a una categoría abstracta y estereotipada.⁶³ Esa categoría abstracta, en el discurso del régimen, tomó el nombre de *subversión*.

El “subversivo”, contracara del desaparecido

En el discurso militar, esa figura de la otredad y la exclusión absolutas, ajena al “universo de obligación” que compromete a las personas entre sí a protegerse mutuamente, es el “subversivo”.⁶⁴ El *subversivo* era considerado “foráneo” y “no argentino” por los militares.⁶⁵

⁶² En el caso de su estudio, se trataba de grupos de características, sociales, culturales y económicas idénticas, entre los cuales sin embargo se había trazado una férrea línea divisoria en función de su “antigüedad” en el lugar. (Elias 1993: 9-10)

⁶³ “‘The other’ as an abstract category simply does not communicate with ‘the other’ I know. The second belongs within the realm of morality, while the first is cast firmly outside”.(Bauman 1989: 188)

⁶⁴ “The ‘universe of obligation’ designates the outer limits of the social territory inside which moral questions may be asked at all with any sense. On the other side of the boundary, moral precepts do not bind, and moral evaluations are meaningless. To render the humanity of the victims invisible, one needs merely to evict them from the universe of obligation.” (Bauman 1989: 27)

⁶⁵ “Debemos tener en cuenta que no sólo existen en esta guerra dos bandos, uno el de los argentinos que tiende, mediante el trabajo honesto, a ser orgullosos de su destino, otro, el de la subversión, que pretende aplastar la libertad individual creadora, hay un tercero, el de los indiferentes, los que no toman conciencia de lo que ocurre en el país. Al primero debemos honrarlo, al segundo aniquilarlo y al tercero, llamarlo a la reflexión, para lograr

Argumentaban que “la ciudadanía argentina no es víctima de la represión. La represión es contra una minoría a quien no consideramos argentina”.⁶⁶

La Doctrina de la Seguridad Nacional, al concebir un “enemigo interior” que no es ya un Estado determinado por fronteras sino un fenómeno “internacional”, reforzó esta idea de un “enemigo” ubicuo. El “subversivo”, como el judío del arquetipo antisemita, se presenta en términos de *viscosidad*, un enemigo de localización ubicua pero incierta, desarraigada y pregnante a la vez.⁶⁷ *Subversivo* es una de las palabras más obsesivamente repetidas por los militares a lo largo de todo el período estudiado. Su definición, sin embargo, se mantiene deliberadamente abierta de modo que el *subversivo* pueda ser identificado a discreción a cada momento por el poder militar.⁶⁸ En lo que se insiste constantemente es en que su *peligrosidad* no se limita al terreno militar, sino que abarca cuestiones ideológicas, políticas o culturales, por lo cual la “lucha antisubversiva” carece de límites.⁶⁹ La sospecha de “subversión” se convierte en el discurso militar en una justificación a posteriori de cualquier acción ilegal y se emplea como un fundamento autoexplicativo. Si hay encarcelamientos ilegales, argumentan que “...en la Argentina no hay presos políticos, no hay presos gremiales: hay delincuentes subversivos”⁷⁰, y si se recuerda el crimen de la desaparición responden, como haría años después el coronel Camps, que “...no desaparecieron personas, sino subversivos...”.⁷¹

Si el desaparecido es un *homo sacer*, un ser sin derechos, en el interior de los CCD, el subversivo es su contraparte pública en las noticias de prensa. El subversivo se presenta en la prensa como un ser sin nombre, sin cadáver, para quien la frontera entre vivo y muerto es irrelevante, objeto de una degradación que anticipa la de los “chupaderos”. El “muerto en vida” de los centros de tortura tiene su correspondiente público en las referencias de los diarios a un *elemento subversivo* que no es considerado ni ciudadano, ni actor político, ni

el bienestar común”. (Comunicado del I Cuerpo del Ejército sobre un “tiroteo”, en LN 1/10/76p.14) Según otro jefe militar “Ni siquiera puede compararse esta disyuntiva impuesta a nosotros vida-muerte con aquella de Caín y Abel. No puede ni debe reconocerse condición de hermano al marxista subversivo terrorista, por el hecho de haber nacido en nuestra patria. Ideológicamente perdió el honor de llamarse argentino”. En *La Prensa* del 16/8/77, citado en Frontalini/Caiati 1984: 22.

⁶⁶ Videla en *La Opinión* 18/12/77p.1

⁶⁷ Según Zygmunt Bauman la “viscosidad” sería lo que se opone al sueño moderno de orden y fronteras: “I propose that the conceptual Jew has been historically construed as the universal ‘viscosity’ of the Western world”. (Bauman 1989: 40)

⁶⁸ El diario inglés *Buenos Aires Herald* habría preguntado ásperamente en una ocasión “a qué se le llama la subversión, siendo que las FF.AA. esconden la identidad exacta del enemigo subversivo” (Blaustein 1998: 46).

⁶⁹ Para Videla la subversión “es un fenómeno global, no es puramente matiz militar, abarca el campo de la política, la economía, lo social, cultural y psicológico, además del campo militar” (LN 27/9/76tapa). Según el almirante Massera “no sólo son subversivas las organizaciones terroristas de la ideología que fueren, sino que subversivos son también los saboteadores ideológicos, y aquellos que, con soluciones fáciles, incitan a una nueva postergación de nuestro destino’.” (Cable ANCLA del 15/3/77; en Verbitsky 1985: 98).

⁷⁰ “Harguindeguy efectuó declaraciones en Jujuy” LN 12/10/76p.16.

⁷¹ Declaraciones al diario *Pueblo* de Madrid, citado en Almirón 1999: 146.

sujeto con afectos, sobre quien parece suspenderse todo reparo moral. El desaparecido y el subversivo se suponen mutuamente; como dos caras de una misma moneda, forman parte de un mismo fenómeno pero no pueden verse ambos a la vez. Si el subversivo designa al desaparecido antes de su captura y ejecución, a medida que el término desaparecido se impone y avanza el de subversivo se retira, descalificado (de hecho el término *desaparecidos* se ha generalizado pero *subversivo* es hoy prácticamente impronunciado en la política argentina). Ambos representan la existencia sin derechos del *homo sacer*, uno en los centros del terror clandestino, otro en la presentación pública que la antecede.

Las arengas y declaraciones militares pueblan las páginas de los diarios y cualquier día que el lector abra un periódico al azar hallará referencias a los “delincuentes subversivos” y la necesidad de “aniquilarlos”. El régimen militar fue “intensamente verbal”: desde su comienzo hubo una profusión de discursos, declaraciones y proclamas donde las menciones a la subversión son un motivo recurrente.⁷² Detenerse en el análisis del modo de nombrar a esos “otros” constituidos en “enemigo” por el discurso militar, sin embargo, es una tarea que difícilmente aportaría un conocimiento relevante. Éste ostenta todos los rasgos que suelen asociarse a un discurso autoritario: la negación de la “otredad”, la retórica exagerada, el triunfalismo y el recurso a la reiteración antes que a la argumentación.⁷³ Se lo ha caracterizado también como un discurso monologista, en tanto desprecia la interlocución de un “otro” y remite sólo a sí mismo, y como “intransitivo” puesto que descarta la contestación o el rechazo⁷⁴. Como advierten Santi y Sigal (1985), no hay mucho para analizar en el interior de los discursos autoritarios. Es preciso sí tener presente su absoluta pregnancia en el material estudiado, que forma un “ambiente” discursivo y es el contexto principal de la prensa durante la dictadura; pero observar la construcción de la otredad negativa exclusivamente en ese discurso, aunque abundaría en ejemplos, sólo demostraría autoevidencias. Nos proponemos, en cambio, observar las negociaciones y estrategias que se ponen en juego al nombrar a los desaparecidos en la prensa y el modo en que en ellas se define una y otra vez la línea divisoria entre aquel que aun integra una red social y civil de protección y quien queda por fuera de ella, sin derechos. Más allá de la estructura jurídico política que la hace posible y más allá de la previsible construcción binaria de un “Otro”

⁷² Ver Feitlowitz 1998, capítulo 1.

⁷³ “Official rhetoric displays all of the traits we associate with authoritarian discourse: obsession with the enemy, triumphal oratory, exaggerated abstraction, and messianic slogans, all based on ‘absolute truth’ and ‘objective reality’.” (Feitlowitz 1998: 20) “El discurso autoritario no ve al otro como un semejante, como un interlocutor válido...” (...) “El discurso autoritario cercena la inteligencia y la creatividad, crea un falso estado de paz, determina seres humanos que perdieron su condición esencial.” (Ricón, Lía. En Puget/Kaës 1991: 68)

⁷⁴ Se trataría de un “monólogo” que se caracteriza por “cerrar el flujo de los significados... indicar líneas obligadas de construcción de sentido, proporcionando un modelo comunicacional pobre y unidireccional” donde “un elenco muy reducido de figuras” agota “las representaciones de lo social y lo individual, de lo público y lo privado, del presente y de la historia” (Sarlo 1987: 40) Sobre la “intransitividad” ver Larsen 1983.

absoluto en los discursos militares, se trata de indagar en las formas de construirse esta figura a partir de las operaciones sociales que aparecen en la prensa.

Los modos de aludir al desaparecido pueden ubicarse a lo largo de tres ejes de tensión: visibilidad/invisibilidad, exclusión/inclusión y su construcción como sujetos/objetos. Al *desaparecido* se lo pretende *excluir* de las redes de reconocimiento y pertenencia social; se lo *invisibiliza* desapareciendo su cuerpo y se desconoce su carácter de sujeto en una presentación que favorece su tratamiento como objeto, su *cosificación*. Si los desaparecidos se constituyeron públicamente a partir de esas operaciones simbólicas de invisibilización, exclusión y *cosificación*; las negociaciones públicas para sustraerlos a esa condición se establecen a lo largo de los ejes propuestos por esas categorías, que se intenta revertir.

Visibilidad-invisibilidad: el 'percepticidio'

La desaparición de personas presenta rasgos paradójicos cuando se la contempla desde el punto de vista de la *visibilidad* pública. Por un lado, es un método basado en el ocultamiento que tuvo por objeto borrar todo rastro del crimen. No sólo la definición de *desaparecer* enfatiza la dimensión visual del borramiento (“desaparecerse a la vista”; “dejar de ser visto”), sino que su misma implementación se apoyó en una serie de dispositivos de ocultación: operativos nocturnos por parte de personas sin uniforme identificatorio que usan anteojos oscuros, el inmediato “encapuchamiento” de las víctimas y su confinamiento en “tabiques” produciéndoles un régimen de “ceguera”, lo cual se corresponde con la tendencia a *invisibilizar* a los desaparecidos en la prensa. Al mismo tiempo, y aunque parezca contradictorio, no todo fue censura y ocultación. El gran despliegue de los operativos de secuestro y la llamativa ocupación del espacio público por los militares revelan a la vez una intención de mostrar o sugerir el escenario del terror. Los procedimientos se realizaban sin disimulo y la probabilidad de que un ciudadano medio hubiera presenciado uno de ellos es alta.⁷⁵ Frank Graziano (1992) se refiere a un “teatro estratégico de la atrocidad” que proyectaba una imagen nebulosa pero cierta de la atrocidad que se entretejía en la trama de la sociedad y Diana Taylor (1997) sostiene que el régimen montó un espectáculo visual destinado a crear una *performance* de su poder.

⁷⁵ “...todos sabían que se llevaban a los que ‘andaban en algo’, que las personas ‘desaparecían’, que los coches que iban con gente armada pertenecían a las fuerzas de seguridad, que los que se llevaban no volvían a aparecer, que existían los campos de concentración” (Calveiro 1995: 115); “la población entera oía las ruidosas sirenas... En 1977, no había casi nadie que no hubiese observado a hombres de civil descargando cuerpos embolsados, amarrados en el baúl de sus automóviles, u oído de amigos o vecinos alguna historia de primera mano sobre alguien que se habían llevado para siempre.” (Malamud Goti 2000: 90-91)

Lo que aparece en un primer momento como contradicción debe entenderse como parte de un mismo *régimen de visibilidad*, que produce luces y sombras y combina operaciones de censura y ocultación. La coexistencia del secreto con la exhibición de la violencia estaba destinada a diseminar el terror.⁷⁶ Pero el *régimen visual* no se basa sólo en los efectos producidos desde el poder sino que adopta la forma de un *contrato perceptual* colectivo en el que intervienen las estrategias de supervivencia o resistencia pero también de negación, complicidad o indiferencia de la sociedad. También el miedo ofusca la visión e impide el entendimiento, lo cual lleva a Horacio Riquelme (1990) a referirse al clima imperante bajo las dictaduras sudamericanas como “era de tinieblas”, donde el paisaje humano se confunde en sombras borrosas y a Malamud Goti a describir una “*Weltanschauung* adaptativa” como consecuencia del terror.⁷⁷ No se trata de que los hechos no se hallen a la vista sino del anulamiento de la capacidad o la disposición a percibir. Desde el psicoanálisis, Juan Carlos Kusnetzoff ha denominado a este fenómeno social un *percepticidio*, “la muerte de la percepción”, y lo ha asociado a los mecanismos individuales de renegación y desmentida: “técnicas psicopáticas” que padeció todo el pueblo argentino y por el cual muchos se comportaron “como si la ausencia no existiera”. (Kusnetzoff 1986: 108) La certeza de que la percepción puede ser construida socialmente, como fruto de una convención colectiva, subyace también a la postulación de Zygmunt Bauman de una *construcción social de invisibilidad moral*. Para este autor la distancia física y psíquica entre los objetivos declarados del régimen nazi y la práctica real de la violencia volvió a aquellos “psicológicamente invisibles”. (Bauman 1989: 24-25)

Antes que una generación unilateral de invisibilidad desde el gobierno hacia la sociedad o una “ceguera” colectiva total, existe una construcción colectiva de un régimen perceptual en el cual los diferentes actores disputan la visibilidad o invisibilidad de las víctimas del terrorismo de Estado. A ambos lados de esa disputa se trata de llevar a la luz algo que se quiere hacer visible, mientras se esconden otros elementos: el gobierno oculta el destino y las huellas de los secuestrados pero deja ver indicios de la represión y pone en escena su poderío en desfiles y actos públicos. Desde la resistencia, se procura no ser percibido por la vigilancia oficial y mantener la clandestinidad de las acciones, y a la vez conferir visibilidad a los crímenes de Estado y sus víctimas mediante protestas y denuncias. En el conjunto de la sociedad, los individuos adaptan su percepción en función del terror, seleccionando la

⁷⁶ “...es preciso mostrar una fracción de lo que permanece oculto para diseminar el terror, cuyo efecto inmediato es el silencio y la inmovilidad” (Calveiro 1995: 97) “Para infundir terror hace falta que la brutalidad sea evidente. (...) La presencia de la violencia estuvo suficientemente a la vista de todos” (Malamud Goti 2000: 90)

⁷⁷ “La mera posibilidad de padecer la brutalidad exigió así estrategias adaptativas consistentes muchas veces en evitar ver claramente lo que ocurría ante nuestros sentidos” (Malamud Goti 2000: 96)

información disponible.⁷⁸ Las personas internalizaban la vigilancia convirtiéndose en observadores y eventuales censores de sí mismos y los demás⁷⁹ al modo en que Michel Foucault describe a quien “está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe” que “reproduce por su cuenta las coacciones del poder; las hace jugar espontáneamente sobre sí mismo; inscribe en sí mismo la relación de poder en la cual juega simultáneamente los dos papeles; se convierte en el principio de su propio sometimiento.” (Foucault 1976: 206)

Inclusión-Exclusión: la ruptura de lazos sociales

Con la desaparición forzada de personas el régimen buscó la ruptura de vínculos sociales y el desmantelamiento de las redes de solidaridad vigentes en la Argentina en la primera mitad de la década del '70, disolviendo las relaciones de los actores comprometidos con otros sectores sociales y promoviendo estrategias de supervivencia individuales en la población.⁸⁰ El objetivo de esta política represiva se ha caracterizado como la *aniquilación de relaciones sociales solidarias*⁸¹ o la acumulación de rupturas de relaciones sociales.⁸²

El terror jugó un rol decisivo en el aislamiento y la ruptura de vínculos sociales; se ha escrito abundantemente acerca de los efectos del miedo en la paralización y el quiebre de vínculos sociales, familiares y afectivos. (Corradi 1992; Riquelme 1990) El terror reproduce los efectos del aislamiento que, como escribió Hannah Arendt, está en la base de toda tiranía:

“una de las preocupaciones primarias del comienzo de todos los Gobiernos tiránicos consiste en lograr el aislamiento. El aislamiento puede ser el comienzo del terror; es ciertamente su más fértil terreno; y siempre su resultado. Este aislamiento es, como si dijéramos, pretotalitario. Su característica es la impotencia en cuanto que el poder siempre procede de

⁷⁸ “Un rasgo peculiar de una sociedad aterrorizada es la dificultad de distinguir las fuentes genuinas de información de aquellas en las que uno sólo *quiere* creer” (...) “La gente se aferra a una cantidad de ‘claves’ –a menudo contradictorias- que adquieren significado sólo en un contexto en el que imperan el miedo y la confusión” (...) “En ese proceso ‘descubrimos’ las explicaciones más descabelladas.” (Malamud Goti 2000: 94)

⁷⁹ “People... internalized the surveillance, monitoring themselves to ensure that they were acting correctly” (...) “Argentineans were assigned to spectatorship –watching themselves, looking up to (or out of) the military, scrutinizing others” (Taylor 1997: 94) Taylor cita a la dramaturga Diana Raznovich, para quien las prohibiciones “made fascists of us all, for we were on the lookout for anything that could be construed as ‘subversive’ in our possessions” (Ibíd.:12)

⁸⁰ A un sacerdote secuestrado su torturador le dijo: “Vos no sos un guerrillero, no estás en la violencia, pero vos no te das cuenta que al irte a vivir allí (a la villa de emergencia) con tu cultura, unís a la gente, unís a los pobres y unir a los pobres es subversión”. (Conadep 1984: 349)

⁸¹ “...lo que el genocidio finalmente aniquiló –mediante la destrucción de miles de cuerpos de *desaparecidos* y la construcción de ese nuevo objeto epistémico que fue el *desaparecimiento*- fueron las infinitas relaciones sociales solidarias que se habían tejido entre quienes habían combatido a las dictaduras militares y habían compartido durante todo el período anterior, de muy diversas maneras, sus luchas contra las sistemáticas violaciones a los derechos políticos de la ciudadanía.” (Marín 1996: 22 *italica en el original*)

⁸² “Al igual que en todo proceso de enfrentamientos, se produce primero una **ruptura de relaciones sociales**, proceso que se da tanto entre individuos, entre grupos o entre fracciones sociales, por el cual los términos de la relación quedan separados, no se reconocen más unos a otros como formando parte de un conjunto. Técnicamente eso es lo que se conoce como **derrota**, palabra que etimológicamente significa eso, **ruptura**, del latín **disrupta**, o sea interrupción de ciertos procesos sociales previos.” (Izaguirre 1992: 21 *destacado en el original*)

hombres que actúan juntos, 'actuando concertadamente' (Burke); por definición, los hombres aislados carecen de poder."⁸³

Los familiares de desaparecidos vivieron este desarrollo en carne propia. Quienes tenían arraigo en sus barrios experimentaron "un retraimiento colectivo en el que las puertas vecinales se iban cerrando" por efecto de "la continua publicidad oficial, que incluyó a todos los desaparecidos en un rubro marginal y por tanto desdeñable socialmente".⁸⁴ Emilio Mignone recuerda que

"En la Argentina el clima de la sociedad en su conjunto nos era adverso, por desconocimiento, confusión, temor, complicidad. Parientes y amigos –lo recuerdo perfectamente- nos evitaban por la calle o dejaban de invitarnos a las reuniones habituales. Temían el contacto con nosotros. Como todos los profetas de verdades duras contra el poder establecido, resultábamos incómodos y peligrosos." (Mignone 1991: 95)

Los mecanismos de aislamiento y quiebre de la solidaridad que Zygmunt Bauman ha expuesto para el caso del Holocausto como una serie de pasos hacia la alienación y extrañamiento de los judíos por sus compatriotas alemanes, se expresaron en el caso argentino en forma de operaciones de desconfianza, extrañamiento y distanciamiento de la población afectada que llegaba a culpabilizarlos por la situación en que se hallaban. En los capítulos siguientes se verá cómo en la prensa se refleja este proceso de *acorralamiento* que llevó a los familiares de las víctimas a acudir a estrategias de gestión individuales para reclamar por sus desaparecidos, así como el modo en que luego se van revirtiendo en la conformación de los organismos de derechos humanos como actor colectivo.

Sujeto- Objeto: la 'cosificación'

Un *sujeto* es un ser dotado de conciencia de sí, dueño de sus actos, decisiones y voluntad; es actor y agente, capaz de intervenir en la historia. ¿En qué medida el *desaparecido* convertido en "cosa", en "bulto que se mueve", en *homo sacer*, al interior de los CCD es precedido por un ser *cosificado*, convertido en objeto en la forma de ser nombrado en la prensa? A los prisioneros recién llegados se los depojaba del nombre y permanecían todo el tiempo con la *capucha* puesta, no sólo para aislarlos de todo estímulo exterior sino también para que sus carceleros no les vean los rostros.⁸⁵ Es en esa presencia del rostro, "su

⁸³ "El aislamiento es ese callejón sin salida al que son empujados los hombres cuando es destruida la esfera política de sus vidas, donde actúan juntamente en la prosecución de un interés común." (Arendt 1998: 575)

⁸⁴ Fariña, Juan Jorge, en Riquelme 1990: 155

⁸⁵ Todorov alude, para el caso del nazismo, a "la transformación de personas en no-personas, en seres animados pero no humanos" ante la cual "los guardias testimonian que toda identificación con las víctimas se hace imposible" (Todorov 1993: 187)

exposición derecha, sin defensa... la piel”, donde para Emmanuel Levinas se halla el llamado ético a la responsabilidad que impide, como un pedido y a la vez como una orden, *matarlo*.⁸⁶ Si los testimonios de guerra evocan la dificultad de matar a alguien que mira a la cara, concluye este filósofo, es debido al desgarnecimiento primordial del rostro humano, pura territorialidad abierta a la violencia y la piedad, que escribe en él la palabra primera: “no matarás”. También en la prensa quienes se convertirían en *desaparecidos* carecen de rostro y de nombre: las noticias que se refieren a ellos raramente se acompañan de fotos y omiten todo elemento que permita crear empatía al lector.

La privación del nombre es quizás la forma más profunda de “despersonalización” del ser humano. Tzvetan Todorov afirma, a partir de esta operación sobre los prisioneros del nazismo: “El nombre es la primera señal del individuo. Hablando de los detenidos, los guardianes evitan emplear términos tales como ‘personas’, ‘individuos’, ‘hombres’, y los designan como ‘piezas’, ‘pedazos’, o se valen de giros impersonales.” (Todorov 1993: 188) También en los CCD argentinos el prisionero “perdía su nombre, su más elemental pertenencia, y se le asignaba un número al que debía responder”.⁸⁷ Para Pilar Calveiro el reconocimiento de la humanidad se acompaña de la recuperación del nombre, y en el caso de los militantes también del ‘nombre de guerra’, que los remitía no sólo a su carácter humano sino a su condición de hombres políticos.” (Calveiro 1995: 132) Este efecto de despersonalización se extiende fuera del CCD en la prohibición de publicar los nombres de los muertos en supuestos enfrentamientos o de los detenidos en operativos militares, así como los de los cadáveres encontrados, como sucede luego del golpe de Estado. Se convierten en cambio en “elementos subversivos”, una designación que anula sus identidades y las disuelve en una entidad indiscriminada y viscosa, carente de subjetividad y humanidad.

El cuerpo del prisionero es atormentado para que brinde información, convertido en insumo para la obtención de datos, instrumento para un fin. Las brechas de resistencia buscadas por los habitantes de los CCD para resistir la despersonalización se corresponden con los esfuerzos que se leen en la prensa por resituar a los desaparecidos como *sujetos*. El activista político, el ciudadano, el guerrillero, son figuras dotadas de una fuerte subjetividad; para llegar a convertirse en *objetos*, materia sobre la cual puede actuar la represión en

⁸⁶ “La piel del rostro es la que se mantiene más desnuda, más desprotegida... El rostro está expuesto, amenazado, como invitándonos a un acto de violencia. Al mismo tiempo, el rostro es lo que nos prohíbe matar.” (...)“El ‘no matarás’ es la primera palabra del rostro. Ahora bien, es una orden. Hay, en la aparición del rostro, un mandamiento, como si un amo me hablase”. (Levinas 1996: 79; 83)

⁸⁷ “Los números reemplazaban a nombres y apellidos, personas vivientes que ya habían desaparecido del mundo de los vivos y ahora desaparecerían desde dentro de sí mismos, en un proceso de ‘vaciamiento’, que pretendía no dejar la menor huella. Cuerpos sin identidad; muertos sin cadáver ni nombre: desaparecidos. Como en el sueño nazi, supresión de la identidad, hombres que se desvanecen en la noche y la niebla.” (Calveiro 1995: 99)

suspense de cualquier reparo ético, el discurso oficial antes los deshumaniza. Otros modos de nombrar a los *desaparecidos*, sin embargo, también corren el riesgo de reproducir una involuntaria *cosificación*, como advierte Fernando Reati, “porque si bien la violencia política no es novedosa en Argentina, sí lo es en cambio la calidad siniestra de la desaparición del cuerpo, su conversión en un objeto sobre el que se trabaja, se obtienen réditos, se negocia, se ruega”.⁸⁸ Devenidos materia de acciones y gestiones ajenas, éstas los mantienen también en posición de “objetos”. El tratamiento *cosificador* de las víctimas corre así el riesgo de reproducirse en discursos de resistencia, como el de denuncia o aún el jurídico, que restablece la condición de sujeto de derechos pero ignora su cualidad política e histórica, como se verá en el capítulo 7.

Medios, rutina y banalización

Los pares de categorías planteados proponen polos de tensión entre los cuales se negocia la definición del desaparecido. No se trata, sin embargo, de reproducir definiciones binarias sino de identificar ejes sobre los cuales se disputan sentidos. En cada uno de ellos se traza y retraza la frontera que distingue a un *homo sacer*, un ser *matable*, descartable, de un sujeto de derechos, un ser político y social situado al interior de redes de integración sociales.

Propiedades del género periodístico como la tipificación de la información, el recorte de elementos subjetivos que desbordan su lenguaje y cierto efecto de acostumbramiento producido por la rutinización podrían contribuir a la exclusión, cosificación e invisibilización de los subversivos/desaparecidos. De hecho sus muertes, como la del *homo sacer*, no son calificadas como asesinatos en la prensa, que no las nombra ni como homicidio ni como ejecución. El carácter diario de los periódicos es en más de un sentido paradójico: la noticia de un evento excepcional no se distingue mayormente de la información de rutina y las referencias a las amplias, heterogéneas e impredecibles dimensiones del quehacer humano deben adaptarse a formatos preestablecidos. Esta condición sumamente pautada y estructurada de los medios opera confirmando una visión del mundo que a menudo es también la del público con quien el diario establece su pacto de lectura. Los lectores encuentran en la construcción de la realidad que propone el periódico una constatación de su propia visión del mundo, que tiende así a reproducirse a sí misma, antes que a cuestionarse. Como lo describe Horacio González: “Forma clásica de la ilustración burguesa el periódico significa antes que nada una confianza en la reiteración racional de los días”. (González 1992: 11) Quizás el lector de periódicos no espera encontrar en ellos una

⁸⁸ El autor cita a un personaje de la novela *Conversación al sur* de Marta Traba: “A este límite hemos llegado, entonces: a pasar meses y años reclamando cuerpos como quien reclama maletas perdidas.” (Reati 1992: 32)

novedad, sino la continuidad del estado de las cosas y una interpretación acostumbrada de las mismas; una reafirmación de la confianza en la estabilidad del mundo y sus instituciones. Antes que sorprender o crear curiosidad por lo desconocido, los diarios tenderían a incorporar lo nuevo en un paisaje mental preconcebido, organizar los contenidos en relatos normalizadores y, en el límite, crear un acostumbamiento que derive en indiferencia.

En la época que abarca nuestro estudio la mayoría de las noticias son altamente tipificadas y responden a modelos formulaicos en los que sólo se modifican las circunstancias del hecho referido. La ausencia de análisis y la escasez de elementos contextuales a la violencia contribuyen a su banalización. Los indicios de la represión se encuentran ocultos en esos torrentes de información previsible, en los raros quiebres de esos modelos tan pautados o bien en los márgenes del diario, en pequeñas pastillas iluminadoras y aún en el espacio periférico de la publicidad comercial.

¿Producen los medios un distanciamiento paradójico con los hechos que debieran acercar? Se ha escrito acerca de este efecto en la fotografía de guerra, cuya probabilidad de mostrarnos frontalmente la muerte es proporcional a la distancia en que suceden los hechos.⁸⁹ Habría también una familiarización y adaptación al horror que en el caso de las imágenes, advierte Susan Sontag, puede contribuir a aceptar las tragedias como “inevitables”.⁹⁰ Si la proximidad mental o moral es condición para experimentar *simpatía*, “es decir, para percibir a las otras personas como sujetos iguales a nosotros... con similar capacidad para sentir placer y sufrir dolor” (Bauman 1994: 43), los medios podrían amplificar la distancia que neutraliza esa emoción. Las preguntas por el rol de los medios masivos en el reforzamiento de la *indiferencia* o la banalización del sufrimiento exceden el marco de este trabajo, pero deben mencionarse como factores que potenciaron la creación de los “otros” *subversivos* como “objetos” extraños, ajenos e invisibles.

⁸⁹ “The more remote or exotic the place, the more likely we are to have full frontal views of the dead and dying” (Sontag 2003: 63). “The frankest representations of war, and of disaster-injured bodies, are of those who seem most foreign, therefore least likely to be known. With subjects closer to home, the photographer is expected to be more discreet.” (Ibíd: 55).

⁹⁰ “The ubiquity of those photographs, and those horrors, cannot help but nourish belief in the inevitability of tragedy in the benighted or backward –that is poor- parts of the world”. (...) “Shock can become familiar. Shock can wear off” (Sontag 2003: 64; 73).

2.2. La prensa y el campo de lo decible

“¿ustedes saben lo que es,
que vengan padres, madres de desaparecidos llorando,
diciendo ‘usted es un hombre poderoso, haga algo’.
¿Yo, un hombre poderoso?”.
Jacobó Timerman
(Entrevista. Bs.As. 23/8/99)

La referencia de los historiadores a la ausencia absoluta de espacio público durante la dictadura implicó un factor de reflexión permanente a lo largo de este trabajo.⁹¹ Si se parte efectivamente de la concepción de “espacio público” de Jürgen Habermas (1991), quien lo postula como lugar de surgimiento de la opinión pública y eje de la cohesión social y la legitimación política, es evidente que su existencia resulta indisociable de la vigencia del Estado de derecho. Pero el delgado margen donde unos pocos actores intervienen para ampliar las fronteras de lo publicable en dictadura tampoco puede descartarse de plano. Hay allí un espacio donde las personas buscan modos de unirse entre sí y actuar públicamente, una “esfera pública” entendida, con Hannah Arendt, como el “mundo... común a todos nosotros y diferenciado de nuestro lugar poseído privadamente en él”, el lugar de “los asuntos de quienes habitan juntos en el mundo hecho por el hombre”. (Arendt 1993: 61-62) Esta autora recuerda que aunque en las tiranías esa esfera pública se ve amenazada por el *aislamiento*, cuyos efectos se han expuesto más arriba, no todos los contactos entre los hombres quedan rotos ni destruidas todas las capacidades humanas puesto que “la tiranía basada en el aislamiento deja generalmente intactas las capacidades productoras del hombre”.⁹² Si, como señala Arendt, “la diferencia entre una literatura clandestina y la ausencia de literatura equivale a la diferencia entre uno y cero” (Arendt 1998: 41), también es decisiva la diferencia entre una prensa totalmente sometida y una donde los resquicios, aún si mínimos, permiten al lector dispuesto a hacerlo percibir la dimensión oculta del terror.

⁹¹ Luis A. Romero escribe que “...fueron clausuradas autoritariamente la confrontación pública de opiniones y su misma expresión. Los partidos y la actividad política toda quedaron prohibidos, así como los sindicatos y la actividad gremial; se sometió a los medios de prensa a una explícita censura, que impedía cualquier mención al terrorismo estatal y sus víctimas, y artistas e intelectuales fueron vigilados. Sólo quedó la voz del Estado, dirigiéndose a un conjunto atomizado de habitantes.” (Romero 1994: 288) Otros autores se refieren directamente a la “plena supresión del *espacio público*”: “(el régimen) no permitió ninguna acción que pudiera reconstituir dicho espacio público...” y hubo una “selección estricta de voces y actores autorizados.” (Novaro/Palermo 2003: 150). Allí mismo, sin embargo, estos autores dicen que la excepción fue la política económica, discutida públicamente en la prensa desde el primer momento.

⁹² (Arendt 1998: 576) A diferencia de los totalitarismos, en las tiranías “toda la esfera de la vida privada, con las capacidades para la experiencia, la fabricación y el pensamiento, quedan intactas.” (Ibíd.: 575) Esta diferencia no carece de importancia en el caso argentino, donde la resistencia a la dictadura se articuló en gran medida a partir de demandas “privadas”, tal como sucedió con los organismos de derechos humanos y familiares de desaparecidos, como consecuencia de lo cual lo público y lo privado sufrieron mutaciones e interpenetraciones que exceden su definición clásica (Fílc 1997).

En esa delgada esfera pública, sujeta a coacción, pero por eso mismo más significativa y valiosa, se disputa el estrecho margen donde nombrar a los desaparecidos.⁹³ A continuación se expondrá el *campo* que ofrecen los medios periodísticos para esa disputa por extender los límites de lo *decible* y las coacciones y resistencias que tienen lugar en él.

El campo periodístico

Los medios de prensa no encarnan un actor social definido, puesto que en su estructura de propiedad y líneas editoriales a menudo confluyen, se superponen y compiten intereses diversos. Tradicionalmente, los periódicos argentinos fueron concebidos como extensiones de los grupos de poder que los emplearon como canal doctrinario y apoyo para sus ofensivas políticas. Es el caso de los dos diarios principales: *La Nación*, vocero de la oligarquía agraria y los sectores más conservadores de la sociedad, y *Clarín*, asociado desde su creación a la burguesía industrial y el movimiento desarrollista. La escasa tradición de prensa independiente tuvo su principal exponente en *La Opinión*, diario que precisamente intentó constituirse como actor político, tal como argumenta detalladamente Fernando Ruiz (2001). No puede considerarse entonces que los diarios intervengan públicamente a la manera de actores autónomos, aunque tampoco son vehículos neutrales que transmiten contenidos elaborados en otra parte. La prensa presta en cambio un ámbito privilegiado para la expresión y disputa de los distintos actores políticos y sociales que a la vez constriñe y es constreñida por los intereses en juego en cada medio: ofrece un *campo* a las disputas entre ellos.⁹⁴ El periodismo es un campo sujeto al condicionamiento de otros campos, como el económico, y en situaciones de dictadura puede tender a funcionar como *aparato*, pero bajo ningún régimen, por más represivo que sea, se alcanza totalmente este “estado patológico” de los campos en la medida en que siga abiendo “lucha”, es decir “historia”, en su interior (Bourdieu 1995: 68).

Pierre Bourdieu advierte que en la producción de las noticias los periodistas ejercen de por sí una forma de *censura*, aún sin saberlo, al no retener más que aquello que entra en sus

⁹³ Francisco Delich escribe que “la sociedad civil será desinformada pero no totalmente, pues quedan medios de expresión escrita, que aunque autocensurados alcanzan a transmitir algún latido de la sociedad” (Delich 1983: 21), mientras que para Isidoro Cheresky “se toleraron algunas actividades políticas muy circunscriptas y, luego de los primeros meses incluso se toleraron algunas expresiones públicas de dirigentes políticos, cierta actividad sindical fue también admitida, en tanto que la censura de prensa fue en alguna medida sorteada aunque no por los principales diarios”. (Cheresky 1998: 83).

⁹⁴ Para Pierre Bourdieu “...un campo puede definirse como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación... actual y potencial en la estructura de la distribución de las diferentes especies de poder (o de capital)... y por sus relaciones objetivas con las demás posiciones...” (Bourdieu 1995: 64) “Un champ est un espace social structuré, un champ de forces –il y a des dominants et des dominés, il y a des rapports constants, permanents, d’inégalité qui s’exercent à l’intérieur de cet espace- qui est aussi un champ de luttes pour transformer ou conserver ce champ de forces”. (Bourdieu 1996: 46)

categorías y hacer así una selección de la realidad social. Las palabras, afirma, en los medios de comunicación, pueden “hacer cosas, crear fantasmas, miedos, fobias o, simplemente, representaciones falsas”. (Bourdieu 1996: 19) No se trata de una manipulación individual o volitiva de los periodistas, sino de un efecto estructural, objetivo, anónimo e invisible de los medios de comunicación. Para comprender lo dicho y lo silenciado es preciso conocer la posición de los órganos de prensa y la posición de los periodistas en el interior de esos órganos. Según Andrés Avellaneda, se trata de observar “la organización específica del campo que da la palabra o la quita” puesto que “este campo controla lo que se quiere decir y sólo filtra lo decible; por lo tanto, para determinar la estructura de lo que se dice no basta con analizar el discurso expresado, sino que se debe analizar también la organización del campo en que ese discurso se produce.” (Avellaneda 1986/1: 11) Seguidamente se verá cómo se conforma el campo periodístico en dictadura y cómo se negocian en él los límites de lo *decible*, al interior de los cuales se pueda nombrar a los desaparecidos.

La prensa en dictadura

La importancia de la prensa gráfica en Argentina es señalada por el hecho de que históricamente tendió a ocupar el primer lugar en América Latina en cuanto a consumo de diarios y revistas. En los años '70 la producción de diarios en la Capital Federal alcanzó el pico máximo de los últimos 30 años y un índice de consumo que doblaba al promedio de la región.⁹⁵ Mientras en la primera mitad de la década del 70 en otros países latinoamericanos se leían 80 diarios por cada 1.000 personas, en Argentina el consumo era de 182 diarios para ese mismo volumen de población. (Getino 1995: 77)

Durante la dictadura, la actitud generalizada de los medios de comunicación masiva fue de adhesión al gobierno militar, en algunos casos en forma moderada y en otros enfáticamente. Las posiciones adoptadas por los medios escritos se inscribieron en la trama de alianzas entre los grupos de poder civiles y los militares que la sostuvieron.⁹⁶ El informe elaborado por la CIDH tras su visita al país en 1979 dedica un capítulo a la situación de la libertad de opinión en el país y concluye que la actitud de la prensa ha sido de “extrema prudencia en el juzgamiento de la política y los actos de gobierno, que por lo general se abstuvieron de

⁹⁵ Octavio Getino proporciona las siguientes cifras, basadas en un estudio de la UTPBA, de tirada de diarios respectivamente en 1970/1980: *La Razón* 480.600/304.800; *Clarín*: 425.900/539.800; *La Nación*: 235.700/248.300; *La Prensa*: 213.000/80.000; *Crónica* 630.700/426.000; *La Opinión*: 1980: 20.000 (no hay cifras anteriores) (Getino 1995: 90)

⁹⁶ “Reiteradamente los regímenes militares dispusieron y censuraron los medios de acuerdo a sus objetivos políticos. Como portavoces de determinados grupos sociales que, visto históricamente, siempre estuvieron dispuestos a cooperar y hasta a aliarse con los militares, los medios masivos apoyaron a los militares en función de sus propósitos no sólo a través de sus informaciones periodísticas sino también de sus negociaciones políticas.” (Klimmeck 1991: 12 traducción mía).

comentar, siendo muy pocos aquellos órganos de difusión que hicieron labor de crítica de la política y los actos gubernamentales” (CIDH 1984: 261).

El régimen dispuso prácticamente del monopolio sobre los medios de radiodifusión, que habían sido intervenidos y puestos bajo dirección de personal militar, y los usó para divulgar numerosas campañas de propaganda.⁹⁷ Las agencias de noticias nacionales, que eran las únicas autorizadas a informar sobre los sucesos internos, estaban bajo control directo del Estado y fueron un instrumento importante para el control público de la información por parte de los militares.⁹⁸ Por otra parte, la tarea de las agencias de noticias extranjeras había sido condicionada ya en 1973 por un decreto que les prohibía distribuir noticias nacionales, a fin de evitar que los medios argentinos reproduzcan información local proveniente del exterior.⁹⁹

En cuanto a los medios gráficos, algunos actuaron directamente como portavoces del gobierno militar, ya sea por convicciones ideológicas propias, por acomodamiento a las actuales circunstancias o por conveniencia en términos de beneficios económicos o empresariales.¹⁰⁰ Los tres diarios mayores, *La Nación*, *La Razón* y *Clarín*, se vieron beneficiados junto con *La Razón* por un convenio con el gobierno militar que les permitió monopolizar la producción nacional de papel para periódicos y asegurar una posición privilegiada en el mercado.¹⁰¹ Los medios que habrían podido ser una voz crítica o disidente fueron reprimidos no sólo directamente, a través de clausuras de medios y secuestros de ediciones, sino sobre todo a través del terror provocado por las detenciones y desapariciones de periodistas.¹⁰² Según Heriberto Muraro “las medidas represivas fueron

⁹⁷ A propósito de las costosas campañas televisivas lanzadas por el gobierno Heriberto Muraro afirma que “nunca antes en la historia de este país los aparatos del Estado se comportaron tan manifiestamente como una gigantesca central de inteligencia dedicada a la guerra psicológica.” (Muraro 1989: 23)

⁹⁸ Télam, la agencia noticiosa oficial, distribuía también los servicios españoles de las principales agencias europeas (EFE, AFP, DPA y ANSA). Todos los medios estatales y el 90% de los medios privados utilizaban el servicio de Télam cuyo precio era notoriamente más bajo que el de las demás agencias y que contaba con el monopolio de la publicidad estatal, lo cual implicaba un factor de presión adicional sobre los medios privados. La otra agencia estatal, Saporiti, dependía directamente del Ejército y Noticias Argentinas, privada, fue objeto de presiones e intimidaciones a sus periodistas (Klimmeck 1991: 84).

⁹⁹ Este es un método empleado para difundir contenidos que no se pueden publicar en un país: se pasa la información a corresponsales extranjeros y/o agencias de noticias para que éstos la emitan en el exterior. Así puede publicarse en el país nuevamente con crédito de una fuente extranjera. (Graham Yooll 1984: 82)

¹⁰⁰ La Editorial Atlántida, a través de revistas como *Gente*, *Somos* y *Para Ti*, exaltó la gestión de los militares, impulsó acciones contra la supuesta “campaña Anti-Argentina” y hasta montó entrevistas falsas para desprestigiar a los organismos de derechos humanos (Klimmeck 1991: 197). La revista *La Semana* ridiculizó las denuncias de desapariciones cuando en mayo de 1978 escribió: “...en plena Capital Federal un campo de concentración (...) presuntas torturas (...) serían pocos los que se tomarían la molestia de chequear esa información ¿Para qué? Un campo de concentración es un tema muy vendedor.” (Citado en Blaustein 1998: 240)

¹⁰¹ La empresa Papel Prensa S.A., compartida por el gobierno y los tres diarios de mayor tirada, *Clarín*, *La Nación* y *La Razón*, se inauguró el 27/9/78. (Ver Blaustein 1998: 194; Sidicaro 1993: 408, 426-430)

¹⁰² Un periodista recuerda así la disyuntiva: “¿Qué es lo que podía esperarse, en este ámbito, de las grandes y medianas empresas periodísticas? ¿Una lucha indoblegable por la libertad de expresión o una postura basada en el instinto de conservación más elemental?(...) mientras el Proceso se ajustara a su proclamada tarea de limpiar el país de ‘subversivos’, las empresas lo apoyarían sin duda”. (Gregorich 1987: 72)

aceptadas sin resistencia por la mayoría de los medios, que limitaron sus críticas a la gestión de las autoridades *de facto* exclusivamente a su política económica o a cuestiones administrativas menores. Pocos medios dieron cabida a las demandas de los dirigentes de los disueltos partidos políticos y casi ninguno a las denuncias o solicitadas pagas de las entidades dedicadas a la defensa de los derechos humanos.” (Muraro 1989: 22) Incluso los diarios que se oponían a la política del ministro de Economía, recuerda el periodista Robert Cox, “creyeron que para poder criticar las medidas económicas necesitaban elogiar en voz alta a los militares”.¹⁰³

Los tres miembros de la Junta Militar realizaban frecuentes declaraciones a favor de la libertad de prensa y en contra de la censura y la obsecuencia en el periodismo. Videla afirmaba que “una prensa objetiva es la mejor garantía que tenemos nosotros para servir totalmente a este proceso”¹⁰⁴ y Massera que “la prensa argentina es totalmente libre y cada uno escribe lo que quiere”¹⁰⁵; una declaración que en un contexto en que desaparecían periodistas sólo podía interpretarse como una amenaza: cada uno “escribe lo que quiere”, pero al precio de llegar a pagar con su vida por ello.

Los únicos diarios que dieron algún espacio a las denuncias de violaciones a los derechos humanos fueron *The Buenos Aires Herald*, que se publicaba en inglés y *La Opinión* -hasta el secuestro de su director en abril de 1977 y la posterior intervención del diario- y en menor medida *La Prensa*, que fue el primero en publicar una solicitada en favor de los desaparecidos, el 15 de octubre de 1977. Estos diarios no se consideraban opositores y daban su apoyo global al régimen, pero pedían que la represión del terrorismo se haga dentro de marcos legales y daban espacio a las denuncias de desapariciones, lo cual en el contexto dictatorial marcaba una diferencia importante con el resto de los medios.

Censura y autocensura

Es difícil evaluar en qué medida la actitud de los medios fue orientada por la censura o el temor y hasta qué punto, en cambio, su papel activo en la creación de un imaginario afín al régimen fue guiado por la convicción.¹⁰⁶ Los testimonios y estudios sobre la prensa en dictadura coinciden en caracterizar a la prensa como un conjunto homogéneo afín al régimen; afirman que, al asumir los militares, la prensa “se convirtió en un gran coro

¹⁰³ Robert Cox, “The sound of one hand clapping. A preliminary study of the Argentine Press in a Time of Terror”. Mimeo. Citado en Klimmeck 1991: 94. (*Traducción mía*)

¹⁰⁴ (“El Presidente subrayó el papel de la prensa en el proceso” LO 14/7/76p.11) Declaraciones similares de Videla se leen en los diarios del 13/5/76; del brigadier Agosti el 15/12/76 y de Massera el 22/12/76.

¹⁰⁵ *Clarín* 19/8/76, citado en Klimmeck 1991: 51

¹⁰⁶ “Los editoriales, con su característico estilo neutro y enfoque supuestamente objetivo buscaban... convencer a los lectores para que adhirieran al pensamiento y la ideología del Proceso” (Troncoso 1984: 8)

alabador”¹⁰⁷, “los medios entraron en cadena”¹⁰⁸ y por efecto de la omnipresencia de discursos oficiales “los argentinos vivían en una cámara de ecos”.¹⁰⁹ Por otro lado, varios testimonios sobre la prensa de la época destacan la importancia que tuvo la *autocensura*.

Las restricciones al trabajo periodístico durante el gobierno militar no supusieron un corte abrupto respecto a las existentes en gobiernos anteriores, puesto que la prensa había sufrido limitaciones en su actividad ya bajo otros regímenes.¹¹⁰ Tampoco hubo una instancia decisiva o inaugural de la censura, sino que a la tradición preexistente de censura previa se sumaron “recomendaciones” y sugerencias, reforzadas por la censura “a posteriori” del terror: el miedo generado por la desaparición, asesinato y/o secuestro de periodistas, que condicionó severamente el ejercicio de la profesión.¹¹¹

La tradición de represión y censura que existía en Argentina, donde influía la experiencia de los cinco golpes militares a lo largo del siglo XX, hacía difícil hablar de una situación de auténtica libertad de expresión antes del golpe de Estado.¹¹² Según Andrés Avellaneda, el discurso autoritario de la censura no surge en Argentina en una fecha precisa sino que se va constituyendo lentamente, por etapas,¹¹³ y se caracteriza por no estipular criterios precisos salvo casos específicos (como la cinematografía) e insertarse en un discurso más amplio que lo fundamenta y engloba (Avellaneda 1986: 13). La ausencia de una oficina de censura centralizada hizo su ejercicio más ubicuo y efectivo: “Su modo operativo se encuadraba así en la planificación general del terrorismo de Estado, una de cuyas metodologías básicas fue la represión ejercida de modo indiscriminado y sin fundamento claro para internalizar masivamente el concepto de castigo y paralizar de tal manera el mayor número de reacciones posibles.” (Avellaneda 1986: 14)

¹⁰⁷ Robert Cox, “The sound of one hand clapping. A preliminary study of the Argentine Press in a Time of Terror”. Mimeo, citado en Klimmeck 1991: 94.(Traducción mía)

¹⁰⁸ Rodolfo Terragno en un editorial de su revista *Cuestionario*. (Citado en Blaustein 1998: 24)

¹⁰⁹ Feitlowitz 1998: 20

¹¹⁰ Entre 1973 y 1976 la actividad periodística había sido objeto de acciones intimidatorias que incluyeron ataques con bombas, granadas o disparos en sedes de los medios, amenazas e intimidaciones a periodistas, cierres de periódicos y asesinatos y/o secuestros de periodistas. “En los tres años de sucesivos gobiernos peronistas, la prensa varió de lo que ahora parecen formas muy moderadas de control hasta la degradación casi total. El gobierno militar... continuó hasta sojuzgar por completo cualquier iniciativa y convertir a cualquier forma de crítica en un asunto de gran riesgo.” (Graham Yool 1984: 152)

¹¹¹ El número de periodistas desaparecidos se calcula en superior a cien y forma el 1,6% del total de desapariciones registradas por la CONADEP (Conadep 1984: 369 y 296). Según el gremio de prensa los desaparecidos son 90 (UTPBA 1987). Ver también Salomone 1999.

¹¹² Para los antecedentes de censura y represión en Argentina ver además del mencionado trabajo de Avellaneda, Barulich 1983; Ferreira 2000 y Rodríguez Molas 1985.

¹¹³ “El discurso de la censura cultural no aparece por entero en un momento dado”. Entre 1960 y 1974 “el discurso acumula sus significados básicos”; entre 1974 y 1983 (sobre todo a partir de 1976) es el período de “formación y acumulación” primero y “culminación y sistematización” después. (Avellaneda 1986: 14)

Al tomar el poder el 24 de marzo de 1976, los militares impusieron la censura previa al ordenar que todas las pruebas de galera que contengan información política sean llevadas al Comando del Ejército antes de ser publicadas. La medida rigió sólo durante veinticuatro horas, ya que se tornó impracticable en términos burocráticos e innecesaria en función de la disposición favorable hacia el régimen mostrada por los principales medios de comunicación. (Graham Yool 1984: 118) Ese mismo día la prensa fue instruida para censurarse a sí misma y guiarse por una serie de principios abstractos, como “impulsar la restitución de los valores fundamentales que contribuyen a la integridad social”, “suprimir todo lo que estimule la sexualidad y la violencia”, “actuar firmemente contra el vicio...” o “preservar la defensa de la institución familiar”; y recibió lineamientos generales sobre el chequeo de las fuentes y la inconveniencia de publicar información “sensacionalista”, pero sin mencionar las palabras “restricción” o “censura”. (Avellaneda 1986: 134) Más tarde un Comunicado dispuso penas por publicar información contraria al gobierno cuyas pautas seguían vagamente definidas¹¹⁴ y la noche del 22 de abril, por último, una hoja de papel sin firma ni membrete comunicó a los periodistas acreditados en la Casa de Gobierno la prohibición de informar, comentar o hacer referencia a temas relacionados a “episodios subversivos, hallazgos de cadáveres, secuestros, desapariciones, muertes de elementos sediciosos y asesinatos de militares, policías o agentes de seguridad” a menos que provengan de fuente oficial, con el argumento de que información de otro origen sería “propaganda” para las guerrillas. (Blaustein 1998: 24; Graham Yool 1984: 116) *Clarín* informó entonces que “la rígida censura de prensa impuesta el 24 de marzo duró sólo 36 horas” y que “desde entonces, el progresivo retorno a la normalidad en todos los órdenes y la fluida comunicación entre el gobierno y los diarios la han reducido al cumplimiento de normas indicativas”.¹¹⁵ Posteriormente se instaló un “Servicio Gratuito de Lectura Previa” en la Casa de Gobierno, pero no hubo otras sanciones formales a la actividad periodística, cuya rutina de trabajo, por lo demás, continuó básicamente ininterrumpida.¹¹⁶ Para “la gran prensa diaria y semanal”, recuerda Horacio Verbitsky, fue suficiente “la recomendación amistosa acerca de los temas desaconsejables y los enfoques inconvenientes” puesto que “en términos generales compartían la hipótesis del teorema militar” y “asistieron en silencio a su cruenta demostración”. (Verbitsky, 1985: 6)

¹¹⁴ Se dispusieron penas para quien “divulgare, difundiere o propagase comunicados o imágenes provenientes o atribuidas a asociaciones ilícitas o personas o grupos notoriamente dedicados a actividades subversivas o al terrorismo” o bien “con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar las actividades de las Fuerzas Armadas, de seguridad o policiales.” (Blaustein 1998: 96)

¹¹⁵ “El gobierno y los diarios” *Clarín* 22/4/76p.1

¹¹⁶ “Desde el contacto formal o informal con autoridades de gobierno al contacto con la calle, o las charlas más disimuladas con políticos o influyentes, o la posibilidad de recibir o no, publicar o no, denuncias de familiares de detenidos o desaparecidos, todo eso proseguía, en un clima signado por el terror, la suspicacia, el temor a la infidencia o la delación.” (Blaustein 1998: 23)

A poco de asumir el presidente Videla mantuvo una reunión con directivos de diarios y radios privadas para agradecerles su cooperación con el gobierno y su “objetividad” al informar sobre el golpe de Estado.¹¹⁷ *Clarín* informó sobre la reunión afirmando que en ella se ha alcanzado un acuerdo y que ya no habrá restricciones a la prensa, sino que se instituirá una suerte de “autocensura” (Graham Yooll 1984: 123).

El modo en que la libertad de expresión fue coartada por la autocensura mucho más que por una censura previa, en función del terror, es mencionado por numerosos protagonistas de la época.¹¹⁸ Al no haber mecanismos de censura previa establecidos ni directivas específicas sobre el manejo de la información, el auténtico límite era el establecido por el miedo. Según Jacobo Timerman la censura consistía en “terror del gobierno y autocensura de los periodistas, directores y editores”:

“El problema siempre era la pregunta de qué es lo que todavía se puede publicar, qué tan lejos podemos ir, dónde está el límite. Cuando hay censura previa, es el gobierno el que establece el límite. Al no existir censura previa, existía algo así como una ‘censura a posteriori’, es decir, se secuestraba, explotaban bombas, después de que se publicaban las noticias. Quedaba siempre esa duda, de qué se podía publicar y qué no.(...) Las personas desaparecían y nunca se podía decir con exactitud por qué.”¹¹⁹

La autocensura, concluye Timerman, es “mucho peor que la censura previa. Porque ahí el límite lo pone el miedo.” (En Klimmeck 1991: 174) Según Andrew Graham Yooll sólo una tenue línea dividía a la censura ordenada por los sucesivos gobiernos y a la autocensura por parte de los medios¹²⁰; existía en cambio “un acuerdo tácito” entre los gobiernos y los propietarios de los medios acerca de lo que no se podía publicar.¹²¹ Agrega que nadie ha podido determinar dónde radica la frontera entre la libertad para publicar y la censura del

¹¹⁷ “El jefe de Estado subrayó, ante los directores de diarios y emisoras, el respeto del gobierno por la prensa privada y la importancia que atribuye al papel que ésta desempeña... La función de la libertad de prensa por la momentánea carencia de Parlamento, suspensión de los partidos políticos y actividad sindical asume principal importancia –expresó el teniente General Videla”. (Clarín 3/4/76; en Klimmeck 1991: 51).

¹¹⁸ Ver los testimonios reunidos en Klimmeck 1991: 162-168.

¹¹⁹ Jacobo Timerman en Klimmeck 1991: 172 . Según el diario inglés *The Economist* el “terrorismo oficial... convirtió a Argentina en un lugar más peligroso que Chile después del golpe porque las reglas del juego, para los opositores al gobierno, estaban tan mal definidas. Un periodista... puede recibir el guiño de un ministro para publicar un artículo criticando algún aspecto de la política gubernamental. Pero no puede saber si acaso un servicio secreto del ejército, o de la fuerza aérea, o de la armada, o el gobernador militar local o provincial, o algún otro independiente de estos, no se sentirá agraviado. Y hasta un alto funcionario será incapaz de ayudarlo si fue hecho desaparecer por un grupo de desconocidos una noche”. (26/1/80Vol. 274, N° 7117. Citado en Timerman 1981: 59. *Traducción mía*)

¹²⁰ Un ejemplo de autocensura lo ofrece la información sobre un corte de ferrocarril a causa de una bomba puesta por Montoneros. El 5/5/76 *Crónica* lo describe como “un problema con la vía”, mientras que *La Nación*, sobre el mismo tema, el 6/5 atribuye el corte a una falla en la alimentación eléctrica.(Graham-Yooll 1984: 125)

¹²¹ También Luis Gregorich, que era jefe de sección en *La Opinión*, recuerda que “...los grandes empresarios periodísticos pactaron explícitamente con los gobernantes castrenses una serie de pautas de autocensura que serían metódicamente cumplidas en los años que siguieron”. (Gregorich 1987: 73)

gobierno y que “no hay dudas de que gran parte de la rutina diaria de la redacción está dictada por los miedos individuales, debidos al clima de terror generalizado en Argentina en los últimos tiempos” (Graham-Yooll, 1984: 14). Un periodista recuerda cómo en las reuniones de redacción se rechazaban todas las noticias que aludieran a situaciones críticas o conflictivas: “ni hablar de torturas, desapariciones o asesinatos, de los que nos íbamos enterando con cuentagotas por las agencias internacionales o por el relato de amigos y familiares de las víctimas. Sólo recuerdo algunas noticias de ese tenor publicadas por *La Prensa* o el *Buenos Aires Herald*”.¹²²

La principal entidad que agrupa a los editores de medios gráficos privados, ADEPA (Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas), mantuvo durante la dictadura una actitud temerosa. A poco del golpe de Estado saludó “el cambio de estilo producido en las relaciones entre el gobierno y la prensa” (Graham Yooll, 1984: 137) y en octubre de 1976 sus directivos afirmaron ante la Sociedad Interamericana de Prensa que “la libertad de prensa en la Argentina es una realidad” (Blaustein 1998: 162). Luego, a medida que la represión se fue haciendo sentir sobre los periodistas ADEPA hizo públicas algunas declaraciones pidiendo por ellos¹²³ y a partir de 1977 sus comunicados se hicieron más enérgicos¹²⁴; pero estos reclamos debían matizarse con comentarios favorables al gobierno¹²⁵ y en 1978 ADEPA rechazó un premio internacional por los *periodistas perseguidos de Argentina* argumentando que la situación del país debe ser interpretada por periodistas argentinos y no por “ajenos”.(Graham Yooll 1984: 156).

En cuanto a la prohibición de publicar noticias locales provenientes de fuente extranjera, cuando en febrero de 1978 el gobierno sanciona a *La Razón* por violar esta norma, el castigo provoca lo que *La Nación* califica como una “protesta generalizada del periodismo nacional”. La norma, efectivamente, era regularmente violada (como se verá más adelante tanto en el caso de *La Nación* como del *Buenos Aires Herald*) y *La Nación* alude a “la preocupación... por la subsistencia de normas francamente atentatorias del derecho constitucional a informar con amplitud”. Además, continúa el editorial de *La Nación* del 15 de

¹²² Alberto Dearriba (entonces redactor de *El Cronista Comercial*) en Blaustein 1998: 228

¹²³ El 30/12/76 y el 24/3/77 (Graham Yooll 1984: 140). El 7/4/77 y el 27/8/77 reclama al gobierno que investigue los secuestros de periodistas prominentes, como Sajón y Timerman, cuya desaparición y detención “fortalecen el sentimiento de inquietud que predomina en la familia periodística” (Blaustein y Zubietta, 1998: 188).

¹²⁴ “Pide ADEPA plena libertad de prensa” LN 26/3/77p.1 y “Expresa ADEPA su preocupación por la situación de la prensa” LN 21/8/76p.3. En su XV Asamblea declara que “...las detenciones, secuestros, desapariciones y asesinatos ... de hombres de prensa, ponen en peligro la vida, la libertad y la dignidad humana generando un clima de grave zozobra”. (*La Nación* 25/9/77; en Blaustein 1998: 208) En 1978 ADEPA protesta por la falta de explicaciones del gobierno ante la desaparición de periodistas o por no llevar a juicio a los que mantiene indefinidamente presos (el 31/3/78 y el 22/9/78; Graham Yooll 1984: 152).

¹²⁵ Escribe que “la posición asumida por el gobierno militar es de respeto a la libertad de prensa” pero “en su aplicación por los funcionarios” ha sido “desvirtuada”. (“Análisis de la libertad de prensa” LN 25/9/76p.4)

marzo de 1978, la norma forma parte de una serie de decisiones tomadas entre 1973 y 1975, que “casi no tuvieron aplicación en estos años” debido a la “irrazonabilidad” que “las hicieron francamente inaplicables” pero también a “la ponderación con la cual, sin necesidad de norma alguna que regulara su función, el periodismo argentino trató la información concerniente a los hechos subversivos.”

El campo y sus límites

Bajo el gobierno militar el tema de los desaparecidos se convirtió en un tabú. Los desaparecidos eran el punto ciego del régimen, un “agujero negro” que succionaba toda pregunta y ante el cual toda gestión era vana y cualquier alusión riesgosa (aún los propios militares de alto grado se veían imposibilitados de salvar vidas). En el discurso oficial, la “lucha contra la subversión” era aludida en forma grandilocuente, triunfalista y abstracta. Pero los secuestros concretos eran negados, relativizados o puestos en duda por las autoridades.

Sólo un tema provocaba entre los militares tanta irritación como el de los desaparecidos y se constituyó en un tabú incluso mayor que aquel: los conflictos internos entre las tres fuerzas. Las feroces disputas entre facciones del gobierno militar dieron lugar a secuestros y movimientos internos que las autoridades insistentemente coincidieron en negar. El gobierno militar debía mostrarse monolítico y no toleraba la filtración de informaciones sobre desinteligencias o disputas entre las tres armas¹²⁶.

Otro límite del campo de lo publicable es indicado por la escasez de fotografías: raramente las noticias vinculadas a hechos de violencia política son acompañadas por imágenes, y cuando lo son suelen retratar objetos: armas secuestradas en procedimientos¹²⁷, frentes de viviendas sin personas a la vista donde se dice que hubo un “enfrentamiento”, fotos “carnet” de rostros que parecen sin vida. Un diario provincial fue “suspendido” por dos días por “informar acerca del funcionamiento del Consejo de Guerra y, al mismo tiempo, mostrar el rostro de la madre de uno de los detenidos” (Blaustein 1998: 126). La referencia a familiares de detenidos, y el rostro que porta ese dolor, eran límites que no se debían franquear. Las únicas imágenes con dinamismo que se ven en los periódicos provienen de los avisos

¹²⁶ El Boletín Oficial del 26/1/78 anuncia la prohibición del semanario *Tribuna de la República*, entre otras cosas porque “demuestra la pretensión de disminuir la imagen de unidad de las Fuerzas Armadas ante la opinión pública, mediante la difusión de presuntas disensiones entre miembros de las mismas, de modo tal que las instituciones básicas de la defensa y seguridad nacional resulten dañadas”. (Avellaneda 1986: 164) Roberto García Lerena, quien dirigía la agencia NA, recuerda: “Las únicas voces críticas eran aquellas que informaban sobre la desaparición de personas o el hallazgo de cadáveres... Pero lo que realmente no se podía hacer era investigar sobre las internas ilegales del gobierno”. (En Klimmeck 1991: 167 *traducción mía*)

¹²⁷ “Un arsenal de la subversión” LN 17/9/77p.24; “Descubrióse una fábrica clandestina de armamentos” LN 15/10/77p.1

publicitarios y cuando anuncian a revistas ilustradas actúan de algún modo como un comentario indirecto de un hecho público del país.¹²⁸

Pero el contorno del campo de lo que podía publicarse no estaba trazado de antemano –los redactores debían apelar a su propio criterio y a la autocensura- y los límites impuestos por la coacción y los márgenes de libertad se distribuían en forma arbitraria.¹²⁹ Dos ejemplos ilustran los modos erráticos en que se configuraban los límites a lo decible: uno fue el escándalo que provocó un actor cómico de TV, Alberto Olmedo, quien a modo de “broma” emitió una grabación anterior de su programa luego de que un locutor anunciara su inesperada “desaparición”. El incidente provocó la furia de las autoridades, los diarios lo calificaron de “macabra broma” y el programa terminó siendo levantado, sentando un precedente respecto a un tema que no debía tocarse, ni aún *en chiste*.¹³⁰ Mientras una ocurrencia que, tal vez ingenuamente, toca el punto ciego del régimen provoca una reacción desmedida, contenidos más directamente críticos pueden pasar desapercibidos como en la información sobre una puesta en escena de *Antígona*, una obra donde resuena con fuerza el tema de las desapariciones, que *La Nación* incluye en *Espectáculos* en la misma página que un titular sobre desaparecidos y junto a declaraciones de su director sobre “...la temática siempre vigente de *Antígona*, que no es otra que la rebeldía contra el autoritarismo.”¹³¹

Estos ejemplos constituyen dos límites extremos, dos vértices que indican las líneas de fuerza móviles que definen ese campo. Mínimos resquicios, escasos pero hallables, evidencian que había un margen que algunos periodistas estuvieron dispuestos a ampliar. Así sucedió con varias noticias publicadas en *La Nación* provenientes de Rosario, cuyas características y atipicidad indican que en la corresponsalía de esa ciudad había una o varias personas que recibían y publicaban denuncias de desapariciones hechas directamente por sus familiares.¹³² Allí se percibe la intervención, mínima pero decisiva, del corresponsal rosarino al introducir información extraoficial (“aunque oficialmente nada se

¹²⁸ Por ejemplo la enorme publicidad de revista *Somos*, de casi una página, que con fotos y grandes titulares anuncia “la muerte del cabecilla montonero en la Argentina” (En LN 10/6/77p.11)

¹²⁹ Herman Schiller, editor del diario judío de izquierda *Nueva Presencia*, que denunció activamente los crímenes del régimen, se pregunta hasta hoy por qué los militares lo perdonaron a él y a su publicación; periodistas “insospechables” de posiciones disidentes como Edgardo Sajón, ex funcionario de un gobierno militar, desaparecieron al igual que otros colegas.(Entrevista con H. Schiller. Buenos Aires 25/8/1999)

¹³⁰ “Severas sanciones para el programa de Olmedo” LO 6/5/76 últ.pág. y “Provocó conmoción una insólita broma” LN5/5/76p.10. Al día siguiente Olmedo declara: “prometo firmemente no sorprender con este tipo de bromas y mantenerme blanquito y limpio como siempre.” (Blaustein 1998: 126) Al poco tiempo fueron cesados el productor y director del programa y renunció el gerente del canal, y finalmente el programa fue levantado (“Fue sancionado un director de televisión” LN 6/5/76p.3; “Fue levantado ‘El Chupete’” LN 9/5/76p.11)

¹³¹ “‘Antígona’, de Sófocles, en una nueva sala” y “Desaparecieron 17 uruguayos de sus domicilios”. LN 21/7/76s/p.

¹³² Se informa que parientes de un estudiante “secuestrado por personas armadas cuando asistía a clase en la Facultad de Ciencias Políticas” envían telegramas a las autoridades “para solicitar su intervención y obtener la libertad del estudiante desaparecido” (“Recurso por un estudiante secuestrado” LN 7/7/77p.13)

informó, ha trascendido...” al reproducir la denuncia de una madre por su hijo de 14 años (secuestrado de su trabajo en una panadería por policías y luego hallado muerto)¹³³ y al explicitar el gesto receptivo de quien toma las denuncias.¹³⁴ Otras noticias breves publicadas con fuente en Rosario confirmarían que se trataba de gestiones personales ante determinados periodistas más dispuestos a canalizar estas denuncias.¹³⁵ En las noticias no consta su nombre y su ejemplo anónimo queda absorbido en el fárrago periodístico de la época, pero la constancia de que hubo al menos un cronista que hizo una diferencia demuestra el modo en que podía ampliarse lo publicable y evidencia lo que no hicieron la mayoría de sus colegas.¹³⁶

La dimensión clandestina

Entre la fachada pública que presentan los periódicos y la violencia oculta del terrorismo de Estado había una delgada atmósfera intermedia, una franja que comunicaba ambos mundos, constituida por el espacio de la *clandestinidad*. En ella se movían quienes sabían lo que sucedía en los antros de la represión ilegal debido a su militancia política, contacto con liberados o mayor disposición a informarse. Los espacios subterráneos surgidos de ese modo, entre personas de extrema confianza por el temor a las delaciones, fueron ganando importancia a lo largo de la dictadura y constituyeron ámbitos de resistencia, lo que se llamó el “exilio interior”, cuya atmósfera, para Novaro y Palermo, “tenía todavía algo de respirable”.¹³⁷ Eran quienes sabían, por ejemplo, que el diario liberal inglés *Buenos Aires Herald* era quien más informaba sobre la represión ilegal o que las listas de hábeas corpus que se leían en *La Nación* correspondían a desaparecidos.

¹³³“Se ignora –por secreto sumarial- qué móviles inspiraron este hecho incalificable y se confía en que en los primeros días de la entrante semana el juzgado y la oficina de prensa de la policía, ofrezcan una versión pormenorizada del hecho” (“En Rosario, policías asesinan a un menor” LN 3/9/77p.4).

¹³⁴ “Visitaron la corresponsalía local de *La Nación* en esta ciudad, a los fines de poner en conocimiento de la opinión pública la desaparición del matrimonio... los progenitores de...” (“Denuncióse la desaparición de un matrimonio” LN 22/6/76)

¹³⁵ Más noticias provenientes de Rosario confirman que se trató de un riesgo personal asumido por ese enviado. Desde allí se informa el secuestro de un ex sacerdote cuando retiraba a su hijo de 5 años del jardín de infantes, que “los sujetos descendieron de un automóvil Ford Falcon y aprehendieron al ex clérigo” (“Un ex sacerdote habría sido secuestrado” LN 25/4/78s/p), una denuncia de una mujer por la desaparición de su hija ante la policía, el Arzobispado y el rectorado de la UNR (“Identificación de una licenciada” LN 27/6/76s/p) y varios meses después otro denuncia directa. (“Desaparición de un matrimonio” LN 3/10/76p.13)

¹³⁶ La corresponsalía rosarina de *La Nación* no respondió a nuestras consultas para identificarlo.

¹³⁷ Estos autores exploran los márgenes que existían para las reuniones puertas adentro, la proliferación de revistas culturales y la alternativa ofrecida por los circuitos subterráneos de disidencia intelectual. Según ellos: “Hubo posibilidades de *acción con otros*, al menos dentro de los límites estrechos que suponía no desafiar abiertamente al régimen... intentos de mantener una identidad cultural, códigos de autopercepción y de reconocimiento recíproco, y hasta una memoria. En verdad, estas prácticas defensivas desafiaban al régimen, implícitamente, en virtud de su mera presencia, pues implicaban identidades y quehaceres considerados subversivos, actuando en los márgenes, lejos de los espacios centrales en que aquél ejercía un dominio absoluto.” (Novaro/Palermo 2003: 152)

En ese espacio se insertaron los sistemas informativos de Rodolfo Walsh, ANCLA y Cadena Informativa. Walsh, que había dirigido publicaciones sindicales y era experto en adaptar las necesidades comunicativas a las circunstancias políticas del país, creó tres meses después del golpe militar la Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA) que difundía informaciones sobre operaciones represivas, análisis de las internas del gobierno e informes sobre la acción de los sindicatos prohibidos. Sus fuentes eran periodistas que no podían publicar la información disponible en otros lados, testigos de procedimientos que no eran entrevistados por otros medios y la intercepción de radios policiales o extranjeras, pero también una lectura atenta de los partes oficiales que permitía develar sus falacias. Los cables de ANCLA eran enviados a las redacciones por correo o mediante mensajeros y, aunque sus informaciones no eran publicadas en el país, servían para hacer circular la información y eran levantadas por agencias internacionales, que las emitían en el exterior (Klimmeck 1991: 87). Según Horacio Verbitsky el hecho de que esos partes estuvieran en todas las redacciones demuestra el conocimiento de los hechos que tenían los periodistas.¹³⁸

Los sistemas clandestinos de Walsh desarticulaban el juego de eufemismos montado por el discurso oficial y explicaban la estructura de funcionamiento de la represión. El otro sistema de información clandestino ideado por Walsh, mínimo y flexible, fue la “Cadena Informativa”. Inspirada en las “cadenas de la felicidad” que circulaban entonces con mensajes supersticiosos, consistía en una hoja mimeografiada que el lector podía a su vez copiar y reproducir, convirtiéndose él mismo en productor y multiplicador de la información. Los partes de Cadena Informativa se acompañaban con el mensaje:

“CADENA INFORMATIVA es uno de los instrumentos que está creando el pueblo argentino para romper el bloqueo de la información. CADENA INFORMATIVA puede ser USTED MISMO, un instrumento para que USTED se libere del Terror y libere a otros del Terror. Reproduzca esta información, hágala circular por los medios a su alcance: a mano, a máquina, a mimeógrafo... Mande copias a sus amigos: nueve de cada diez las estarán esperando. Millones quieren ser informados. El Terror se basa en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad. DERROTE AL TERROR. HAGA CIRCULAR ESTA INFORMACIÓN.” (En Verbitsky 1985: 38).

No puede saberse cuántos ciudadanos siguieron la propuesta de arriesgarse a un “acto de libertad” y reproducir la información. A diferencia de los cables de ANCLA, que no eran difundidos en la prensa local pero consta que llegaban a manos de los periodistas, los partes de Cadena Informativa parecen haberse perdido como mensajes enviados en botellas al mar del aislamiento y el terror.

¹³⁸ (Verbitsky 1985). Para los recursos a fuentes originales de información de ANCLA ver Vinelli 2000.

2.3 El método de lectura

Comprender el surgimiento de la categoría “desaparecidos” a partir de una prensa restringida por la censura puede parecer un emprendimiento contradictorio o estéril, destinado al fracaso por la escasez de referentes empíricos que nutran la investigación o al resultado tautológico de comprobar una evidencia: que una prensa cómplice o atemorizada publicará pocas y parciales informaciones sobre la represión estatal. ¿Qué buscar en una prensa (auto)censurada? ¿Cómo hablar de “actores” y “negociaciones” públicas en una situación de represión? ¿Hay algo que encontrar en los periódicos además de repetición obsecuente y comentario banal?

Una lectura detenida de lo publicado y sus silencios, sin embargo, nos permitió no sólo cuestionar lugares comunes o verdades *autoselladas* acerca del rol de los medios en dictadura y exponer la medida en que la verdad de la represión era asequible al lector de periódicos, sino también hallar indicios sobre cómo una parte de la sociedad mantenía una vida cotidiana simultánea al terror cuya *positividad* convivía con la masacre. El material estudiado, que en una primera aproximación pareció compacto y monótono, fue revelando grietas y matices durante la observación detenida.

Nuestro interés no radicó en contraponer “libertad de expresión” a “censura”, ni en develar los modos de esquivar a esta última, sino en observar las construcciones discursivas “positivas” que se encuentran en la prensa y que mantienen de distintas formas una relación con la verdad.¹³⁹ Como afirma Michel Foucault:

“No cabe hacer una distinción binaria entre lo que se dice y lo que se calla; habría que intentar determinar las diferentes maneras de callar, cómo se distribuyen los que pueden y los que no pueden hablar, qué tipo de discurso está autorizado o cuál forma de discreción es requerida para los unos y los otros. No hay un silencio sino silencios varios y son parte integrante de estrategias que subtienden y atraviesan los discursos” (Foucault 1977: 37).

Se trató entonces menos de detectar las ausencias que de exponer lo que tenían los ciudadanos ante sus ojos. ¿Qué pensaba un lector de periódicos en el año 1976 al leer que se presentaban recursos de hábeas corpus por bebés, que familias de refugiados hacían huelga de hambre en embajadas extranjeras implorando asilo, que hombres y mujeres jóvenes preferían suicidarse a caer ante las fuerzas paramilitares? Aunque no hay modo de

¹³⁹ “Desinformar no es un acto de omisión simple, sino una estrategia deliberada que incluye tanto la omisión como la diseminación de información parcial o falsa, o verdadera pero llena de elementos capaces de generar suspicacias”. (Delich 1983: 21)

saberlo, sí puede exponerse la información con que contaban efectivamente los lectores; si no hay forma de medir la *disposición afectiva* de una sociedad a percibir el sufrimiento ajeno o la injusticia cometida contra otros -menos aún en forma retroactiva- sí se puede conocer la evidencia disponible de ese dolor.

La pregunta que guió originalmente la lectura: quién, cuándo y cómo comenzó a hablar de *desaparecidos* en la prensa dictatorial e inmediatamente anterior al golpe militar, se fue reorientando durante la examinación del material hacia estas cuestiones. La determinación de una circunstancia original de surgimiento de la palabra *desaparecido* para nombrar a las víctimas de la violencia estatal se reveló improbable, en tanto ésta ya se encuentra en la prensa desde el comienzo de nuestro período de estudio, nueve meses antes del golpe militar de 1976 y no es expresada por un actor en particular sino articulada en discursos de procedencia diversa.¹⁴⁰ El término *desaparecidos* es una construcción social que surge de forma espontánea en la práctica y en él se acumulan, superponen y negocian sentidos atribuidos por los diversos actores que lo nombran. En la prensa puede observarse el modo en que estos sentidos surgen, conviven y tratan de imponerse, así como las estrategias que se emplean para ello.

La elección de los diarios *La Nación* y *La Opinión* responde a la intención de dar cuenta de la mayor ampliación posible del campo de lo decible durante la dictadura. Si el *campo* de lo publicable en la prensa en relación al terrorismo de Estado se define por la transacción entre la *disposición* o la *voluntad* de dar espacio a ese tema y la *posibilidad* de hacerlo sin recibir represalias del gobierno, los ejes que conforman ese campo están definidos por los medios que llevan más lejos ambas potencialidades: *La Nación* porque, como órgano de expresión de las clases dominantes, posee total impunidad para manifestar sus opiniones aunque no aproveche esta libertad para denunciar los crímenes del terrorismo de Estado; y *La Opinión*, inversamente, porque tiene la voluntad editorial de hacerlo aunque no tenga respaldos políticos que la avalen. En los dos casos se trata además de diarios que sin ser masivos eran leídos por sectores influyentes en la formación de opinión. En ocasiones se incluyen noticias significativas procedentes de otros medios, como el *Buenos Aires Herald*, y en la lectura de la cobertura periodística del campeonato de fútbol de 1978 se emplean varias ediciones de *Clarín*, donde el clima de ese momento se refleja con especial intensidad.

¹⁴⁰ La misma imposibilidad observa Victor Klemperer para las palabras que fueron características del régimen nazi en Alemania: "... vor allem komme es mir nie darauf an, die Erstmaligkeit eines Ausdrucks oder einer bestimmten Wortwertung festzustellen, denn das sei doch in den allermeisten Fällen unmöglich, und wenn man den ersten gefunden zu haben meine, der das betreffende Wort gebrauchte, so finde sich immer noch ein Vorgänger hinzu." (Klemperer 1999: 66)

No se escogió alguna sección determinada sino que cada diario se revisó por completo lo cual, además de ubicar nuestras preguntas en su contexto internacional y epocal, reveló hallazgos notables en suplementos y secciones “periféricas”. En una primera lectura en microfilm de la colección completa de *La Opinión* y *La Nación* durante los tres años elegidos se hicieron las primeras observaciones y las copias impresas de las piezas relevantes para el estudio. Con ellas se confeccionó un archivo que consta de alrededor de 2.500 copias de páginas de diarios (noticias y publicidades) ordenadas cronológicamente y por diario. En base a ese archivo las noticias fueron analizadas en función de las preguntas planteadas más arriba: qué actores nombran a los desaparecidos y qué estrategias emplean para ello, y de qué modos se construye o disputa la invisibilidad, exclusión y cosificación de los desaparecidos. Se ensayaron y descartaron modos cuantitativos de evaluar la incidencia o frecuencia de las menciones a los desaparecidos, debido a la imposibilidad de aislar unidades de análisis fijas a lo largo del lapso estudiado; la evaluación cualitativa de los enunciados publicados sobre desaparecidos y la meditación sobre sus supuestos enunciativos se revelaron más apropiados a la naturaleza del material.

Los períodos de análisis

El lapso de estudio abarca un período de tres años comprendido entre julio de 1975 y junio de 1978. Este recorte incluye los dos años más álgidos de la represión, 1976 y 1977, cuando se registra alrededor del 80% de las desapariciones.¹⁴¹ El contexto de violencia política anterior al golpe de Estado y la existencia de desapariciones ya entonces requiere comenzar el estudio antes de esa fecha. La inclusión de ese período previo a la dictadura permite además comprender el fondo de violencia y caos generalizado -o su percepción- sobre el cual tuvo lugar el golpe de Estado y la represión posterior. Los tres años de análisis se han dividido a su vez en tres períodos. Aunque esta división, como toda operación analítica, posee un cierto grado de arbitrariedad, permite dar cuenta de los cambios producidos en las definiciones y negociaciones alrededor de las desapariciones que constituyeron un proceso dinámico y tuvo lugar en relativamente poco tiempo. Cada uno de estos tres grandes períodos se caracteriza por un modo particular de presentarse la violencia y de posicionarse los actores que nombran a los desaparecidos en público.

El primer período, del que se ocupa el capítulo 3, abarca desde mediados de 1975 hasta el golpe militar, el 24 de marzo de 1976, a partir del cual cambia significativamente la forma en que se ejerce la violencia estatal y paraestatal así como el modo de informar sobre ella. El

¹⁴¹ Ya en 1978 el número de desapariciones denunciadas descienden al 12% del total, en 1979 y 1980 a menos del 3%, y los años siguientes sólo se documentan casos esporádicos. (Conadep 1984: 298). Estos porcentajes se interpretan de un gráfico que representa el porcentaje relativo de desapariciones pero no da cifras.

segundo período, analizado en el capítulo 4, comprende el lapso desde la toma del gobierno por la junta militar hasta marzo del año siguiente, momento en el que se detecta una inflexión en la caracterización de las desapariciones, que pasan de ser casos *aislados* a definirse como un fenómeno plural. Una serie de cambios en las condiciones de enunciación de la prensa local y en la presión al gobierno militar por parte de actores internacionales, que obligan a sus jefes a pronunciarse públicamente sobre los *desaparecidos*, son las características principales del tercer período, expuesto en el capítulo 5, que se inicia entonces y culmina a mediados de 1978 cuando el grueso de la represión ha quedado atrás y la organización de un evento deportivo internacional permite al gobierno militar articular un discurso de clausura de una etapa y fundación de otra, que se monta sobre el *olvido* de la violencia política y los conflictos que le dieron lugar. Al final de cada período, y a modo de *bisagra* entre capítulos, un breve apartado de transición explica los cambios operados en cada caso. Como se verá, los períodos definidos no son unidades totalmente homogéneas y rasgos de unos y otros conviven a lo largo de los tres años estudiados. Esta periodización nos permite, sin embargo, evaluar detalladamente el material y registrar matices en un proceso menos compacto y autoevidente de lo que se creería a primera vista.

La Nación: el 'superyó' del Estado

Fundado el 4 de enero de 1870, *La Nación* fue desde sus orígenes el portavoz de las clases dominantes. Propiedad de la familia Mitre desde principios del siglo XX hasta la dictadura, se quiso “expresión y educador de la clase dirigente de la época... por encima de sus fraccionamientos” (Sidicaro 1993: 7) Dirigido a “los individuos que se encontraban en las posiciones más altas de la estructura del poder político, del sistema económico y de la jerarquía del reconocimiento social”, *La Nación* “interpeló desde su propia perspectiva doctrinaria a los gobiernos y al Estado” operando “como una especie de superyó freudiano, diciendo en nombre de la Constitución lo que se debía y lo que estaba vedado hacer” (Sidicaro 1993: 10). Su público consistía en “un universo cautivo de lectores notables: funcionarios judiciales y diplomáticos, hombres de empresa, políticos semijubilados pero no clandestinos, la gente del campo, miembros de las FF.AA., profesionales, la Curia, figuras de la cultura señera y de la que hoy denominaríamos progresía liberal”, quienes conformaban “un club selecto que se sabe dominador” y explicaban porqué en 1976 “aludir a *La Nación* era decir algo bastante parecido a ‘opinión pública’.” (Blaustein 1998: 36)

Como otros sectores de la sociedad, *La Nación* celebró la caída de la presidente Isabel Perón y la toma del gobierno por la junta militar. Sus intereses se acoplaron cómodamente con los del régimen y su vocabulario anticuado y pomposo se mimetizó con naturalidad con el de los comunicados militares; tras el golpe *La Nación* “pareció sentirse cómoda, como en

su casa". (Blaustein 1998: 36) Salvo algunos llamados a la moderación en el "monopolio de la violencia" y elípticos reclamos por casos puntuales de personalidades públicas víctimas de la represión, el diario ejerció una activa defensa del gobierno militar ante los reclamos internacionales y mantuvo su identificación con él hasta su final. Como no debe rendir cuentas de probidad ideológica, *La Nación* puede permitirse publicar artículos desprejuiciados sobre el marxismo o el bloque soviético.¹⁴² Previsiblemente, dedica abundante espacio al agro y sus intereses, que se expresan en un generoso suplemento semanal y son defendidos puntualmente en los editoriales.

La Nación apenas dio espacio a los reclamos por desapariciones y cuando lo hizo fue tomando distancia de las denuncias.¹⁴³ Una breve *pastilla* en la sección "Tribunales", junto al editorial, era el sector que habitaban regularmente los desaparecidos en forma de beneficiarios de recursos de hábeas corpus. La violencia política, para el centenario diario, no puede entenderse sino que es fruto de la "irracionalidad". Tras el asesinato de cinco religiosos, en 1976, editorializa acerca de "la saña criminal de ciertos grupos", su "afán vesánico de desencadenar el terror y sumir a la sociedad en la confusión trágica" y "la imagen siniestra de la irracionalidad que sólo procura exterminar y destruir". Al tiempo que las condena, sin embargo, el texto no contribuye a superar la "irracionalidad" y la "confusión". Los editoriales de *La Nación* se resisten a argumentar, explicar o contextualizar la violencia política¹⁴⁴; allí los hechos de sangre no responden a conflictos de intereses ni hay luchas políticas que los subyacen, sino sólo la perversión intrínseca de ciertos individuos¹⁴⁵, movidos por el "odio ciego" y la "oscura pasión".¹⁴⁶

¹⁴² Allí afirma que Marx no era "un militante marxista sino un filósofo...". ("Una tesis paradójica: Marx no era marxista" LN25/4/76p.4) En el contexto del tabú que significa el marxismo para los militares, reconocer a Marx como pensador, nombrarlo siquiera, habla de la libertad de expresión que se podía permitir *La Nación*. Días antes, había publicado un comentario acerca de la relación entre el gobierno de Moscú y los PC de otros países.

¹⁴³ Por ejemplo informa sobre un episodio donde una camioneta choca el auto de un "ingeniero agrónomo" en Corrientes y bajan de ella "4 ocupantes, quienes se apoderaron en forma violenta del ingeniero Ferreira". El diario agrega que "la esposa del ingeniero, al denunciar el hecho ocurrido en una calle céntrica, *lo calificó de secuestro.*" ("Habría sido secuestrado un ingeniero" LN 19/3/77p.4 *italica mía*)

¹⁴⁴ "Es imposible comprender a quienes acuden al expediente cruel de la muerte sin motivación personal alguna ni siquiera ideológica, como no sea a través de la sospecha de una... extraña y casi inadmisibles resurrección del espíritu primitivo de los hombres de las cavernas, a aquellos seres que... vivieron en la edad primera de la razón humana, acosados por las fieras y por sus instintos de impulsos ciegos" (LN 6/7/76página editorial).

¹⁴⁵ "...la raíz motivacional se descubre en la gratificación de los instintos de placer y muerte considerados por el freudismo como fuentes de la energía psíquica. La alianza de una gratificación hedónica con la violencia es la vertiente que promueve el juego de destrucción" ("Filosofía de la guerra" LN10/8/76página editorial)

¹⁴⁶ "... sombrió historial que no ha sido sino un copioso vertedero de sangre, derramada sin otro motivo determinante que el del odio ciego y la oscura pasión que desata el resentimiento contra todo y todos" (...) "la saña alevosa de elementos irracionales para quienes sólo cuenta la destrucción, movidos por el afán patológico de provocar el mayor daño posible..." ("Postreros, pero temibles" LN 16/9/76página editorial)

La Nación defendió al gobierno enérgicamente de las denuncias internacionales de violaciones a los derechos humanos, especialmente a través de su corresponsal en París¹⁴⁷, y sólo se refirió al terrorismo de Estado, elípticamente, llamando a impedir “hechos y episodios confusos”¹⁴⁸ y la existencia de “una ‘contraguerrilla’ no fiscalizada por los organismos legales correspondientes” puesto que la represión “corresponde al Estado”, que debe “reasegurarse el control monopólico del uso de la fuerza en el país” porque “sin ese monopolio regiría la ley de la selva”.¹⁴⁹ Cuando critica al gobierno, *La Nación* emplea el tono que usaría un padre para reprender a un niño y formula advertencias, con la seguridad de quien se encuentra en una situación de autoridad¹⁵⁰.

El estilo ampuloso y anticuado del tradicional periódico es funcional a esa visión desafectada de la realidad: cuando adjetiva lo hace con términos huecos como “sentido”, “acentuado”, “expresivo”, llevando al límite el “arte de informar sobre la nada... o de decir pequeñas cosas entre líneas” (Blaustein 1998: 45) y abusa de las formas impersonales en sus títulos (“Haráse en abril un censo ganadero”, “Inicióse un congreso”, “Proyéctase reducir los aportes jubilatorios”). Titulares sin sujeto, como si los eventos advinieran por efecto de una fuerza mayúscula, anónima e inexorable y no como resultado de actores concretos, y en ocasiones sin verbos, sin acción, potenciando la impresión de una historia detenida y de la falta de dinamismo en los asuntos públicos.¹⁵¹ En *La Nación* el mundo es un sitio previsible e inmutable y debe conservar esa estabilidad.

La Opinión: la ‘inmensa minoría’

La Opinión salió a la calle el 4 de mayo de 1971 y hasta su intervención por los militares en abril de 1977 desarrolló una de las experiencias periodísticas más audaces y trascendentes que se recuerden en Argentina. Su fundador y director, Jacobo Timerman, había renovado ya el lenguaje periodístico local con la revista *Primera Plana*, y en *La Opinión*, inspirado por el francés *Le Monde*, se orientó por los mismos principios, revolucionarios para la aletargada prensa de la época: jerarquización del lector y fuerte presencia editorial en la interpretación de la información. Sus periodistas recibían buenos sueldos, podían firmar sus artículos y

¹⁴⁷ “Sobre Europa también se cierne la violencia” LN25/7/76p.2; “Una falsa imagen de la Argentina” LN8/8/76p.1

¹⁴⁸ “No deja de sorprender la persistencia de algunos acontecimientos ante los cuales las autoridades parecieran revelar impotencia para llegar a su esclarecimiento final, como si la conducción de la lucha contra la guerrilla y la subversión provocara canales de algún modo no suficientemente controlados” (LN 17/8/76 página editorial)

¹⁴⁹ “De horror en horror” LN 22/8/76 página editorial y “Consejos de guerra” LN 26/11/76p.6

¹⁵⁰ Ver por ejemplo el editorial sobre estudiantes extranjeros en LN 13/10/76p.8.

¹⁵¹ Por ejemplo: “La información en el Comando del Ejército”; “Saludos de Navidad a la jefa del Estado”; “Trámites para la captura de López Rega”; “Acciones paralelas y un sólo objetivo”; “Incremento para vino y cigarrillos” (Todos en tapa del 24/12/75)

estaban invitados a opinar y comentar la realidad, un lujo inédito en el periodismo argentino que honraron muchas de las mejores plumas de una generación intelectual.

El estilo sosegado, la diagramación austera sin titulares catástrofe, la ausencia de fotos y de información deportiva así como un lenguaje poco afecto a las exageraciones y alarmismos lo diferenciaban de la prensa populista. Al mismo tiempo, un criterio de noticiabilidad permeable a los cambios culturales de la época y la fluidez para reflejar el dinamismo de la década del '70 lo alejaban drásticamente de los diarios tradicionales, *La Prensa* y *La Nación*, empeñados en mantener una visión estática del mundo.

Orientado a sectores profesionales medios, *La Opinión* refleja los intereses, preocupaciones, guños culturales y consumos típicos de una clase media que en los años '60 y '70 se jactaba, con fundamento, de su nivel cultural. Elegante y bien escrito, hizo un culto de la intelección racional del mundo que, para algunos, llegó al "orgullo rayano en la soberbia respecto de la propia inteligencia" (Blaustein 1998: 28). En sus propios avisos institucionales *La Opinión* definía a su lector como "el hombre de la inmensa minoría"... "el hombre que decide, el hombre con opinión propia... lúcido, joven y desprejuiciado". (Ruiz 2001: 44) El socio de Timerman en el diario, Abrasha Rotenberg, describe así a su universo de lectores:

"*La Opinión* y el grupo humano que la constituía eran los voceros naturales de un estrato social argentino caracterizado por su inconformismo, cuestionamientos y oposición a lo convencional. Intelectualmente sólidos, cultos, inquietos, los lectores pertenecían a un sector de la clase media, pero como grupo representaban un poder económico y político limitado. *La Opinión* no defendía los intereses agropecuarios, ni a la gran industria, ni a las finanzas internacionales: era el portavoz de los reflexivos, de los discordantes, es decir, de los débiles. Cualquier general malhumorado podía destruirnos de un manotazo y nadie nos podía defender." (Rotenberg 1999: 270)

En sus primeros años *La Opinión* tuvo una posición neutral, lo cual en los términos de la época significaba "favorable", hacia las organizaciones guerrilleras, pero más tarde se inclinó hacia la facción del Ejército liderada por el general Lanusse. En un extraño viraje político, llegó a 1976 apoyando entusiastamente el golpe de Estado. *La Opinión* mantuvo una línea editorial favorable a la Junta Militar mientras reclamaba el encauce de la represión en el marco legal. Al igual que otros medios, consideró que era necesario apoyar al gobierno dictatorial globalmente para poder denunciar aspectos puntuales de su política. En

numerosas ocasiones defendió públicamente al régimen de las críticas internacionales, y llegó a sobrereactuar con patetismo ese apoyo.¹⁵²

Si para *La Nación* la violencia política es sólo expresión de “salvajismo” sin más, *La Opinión* intenta en cambio analizarla y comprenderla. Se ocupa de las organizaciones armadas con un enfoque racional; las condena adoptando el lenguaje oficial, pero expresa una voluntad de inteligir sus condiciones de funcionamiento y su contexto, en un tratamiento que condena sin demonizar y que no impugna masivamente sino con discernimiento.¹⁵³ La jugada más audaz en este aspecto fue la publicación de un suplemento “sobre diferentes aspectos de la lucha contra la subversión” para el que envió a un periodista a un centro de investigación sobre violencia en Londres. El informe publicado a lo largo de cinco páginas el 23/11/76, anuncia: “Dos institutos internacionales, con sede en Londres, se preguntan: ¿es posible terminar con la guerrilla manteniendo el Estado de Derecho?”. De esta forma el director de *La Opinión* creía sentar posición acerca de la necesidad de mantener la represión dentro de la legalidad, una aspiración ingenua puesto que la clandestinidad no era accesoria sino intrínseca al terrorismo de Estado, y acaso se engañaba a sí mismo al tomar posición por los supuestos sectores “moderados” del gobierno, que debían ser respaldados por oposición a los “duros”.¹⁵⁴ En sus comentarios pide claridad en la definición del enemigo, escribe que “cuanto más visible sea esta frontera entre lo legítimo y lo ilegítimo, más inequívocas serán las conductas y las actitudes de la sociedad argentina...” y advierte que “es en la confusión donde se nutre la sedición”¹⁵⁵. *La Opinión* supone, o quiere suponer, que los militares también se oponen al “extremismo de derecha” y escribe que “...los dos proyectos violentos, el de ultraderecha y el de ultraizquierda, se complementa en un objetivo concurrente, cual es la desarticulación del programa elaborado por la Junta Militar...”.¹⁵⁶

¹⁵² Ante un llamado publicado en *Le Monde* por siete líderes socialdemócratas europeos, hace una innecesaria defensa del régimen, califica al documento de “sumamente unilateral” y justifica el golpe militar diciendo que “la democracia estaba aniquilada en la Argentina ya antes del 24 de marzo” y que “hoy se libra una guerra de la cual depende la supervivencia de la Nación”. (“Cuando la violencia subversiva es cómplice de la destrucción de una sociedad pluralista” LO 20/6/76p.14y15) Actitudes similares tuvo ante la visita de Amnesty International al país, como se verá más adelante. (“Los muertos sin derechos humanos” LO 4/11/76p.1) y al ofrecerse a testimoniar a favor de la Junta Militar en EE.UU. (LO 9/11/76p.14)

¹⁵³ Como un informe sobre el “mapa geopolítico de la guerrilla” en el mundo que incluye tanto a organizaciones de izquierda como de derecha. (“La guerrilla en el contexto internacional de los años ‘70” LO 21/7/76p.13)

¹⁵⁴ El diario explica que “en el seno de una democracia liberal” cuando aparece un movimiento subversivo hay que pensar cuál es la respuesta apropiada, “cómo llevar a buen término la lucha antisubversiva manteniendo vigente la esencia liberal del gobierno (británico)...”. Basándose en abundante literatura especializada, destaca la importancia de “no confundir” el objetivo: “Si el problema central consiste en encontrar al enemigo, otra cuestión tangencial que se desprende de esta primera es, evidentemente, no confundirlo”. Expone diversas variantes, como “Contraterrorismo y represión brutal”, “Antisubversión más democracia”, “Línea blanda” y “Línea dura”, como dejando claro que no hay una única manera de enfrentar la guerrilla.

¹⁵⁵ “Para batir a la subversión hay que definir el enemigo” LO 23/10/76últ.pág. Firma Mario Diamant.

¹⁵⁶ “La conjura subversiva”. LO 4/6/76p.1

A diferencia de otros diarios, *La Opinión* debe defenderse constantemente de la sospecha de “comunismo” y por eso cuando publica reclamos relativos a derechos humanos los matiza con la denuncia de la violación a los mismos en el bloque soviético: una declaración de la APDH (“Por los derechos humanos en la Argentina”) es acompañada por un petitorio de intelectuales europeos por la libertad de un escritor en la URSS, y los testimonios de presos políticos en la Unión Soviética y Chile se publican juntos, en un modo también de aludir oblicuamente a la realidad argentina que no se puede nombrar.¹⁵⁷

La Opinión recurrió a variadas estrategias para ampliar los márgenes de lo que era posible publicar. Solía adjudicar al gobierno sus propias posiciones, de modo de “comprometerlo” públicamente en la actitud que esperaba que éste adopte y respaldar sus propias opiniones con la supuesta postura oficial. Publica por ejemplo que el gobierno declararía la ilegalidad de organizaciones de extrema derecha o tendría el propósito de publicar una lista de detenidos¹⁵⁸, anuncios inverosímiles con los que aspiraba a ejercer presión. Otra estrategia empleada era “contrabandear” denuncias disimulándolas entre otros contenidos y bajo un título general que aludiera a otro tema.¹⁵⁹ Un modo alternativo de emitir su opinión apoyándose en fuentes autorizadas consistía en reproducir artículos de otros medios que adquirirían así mayor repercusión. Solía hacerlo con los artículos más comprometidos del *Buenos Aires Herald*, que por publicarse en inglés llegaban a menos lectores, y rozó el límite de lo permitido al reproducir el texto de un sacerdote jesuita que denunciaba la tortura por parte de agentes del Estado.¹⁶⁰

La Opinión, que mantenía una comunicación frontal con su público, escribió que más de una vez “tuvo la tentación de aconsejar a sus lectores comprar todas las mañanas el valiente diario *The Buenos Aires Herald*”, porque “sus informaciones y comentarios sobre la realidad

¹⁵⁷ “Pensadores, políticos y científicos se movilizan en todo el mundo para exigir el respeto de la libertad” (LO 19/12/76p.12y13, 2ª sección) y “Dos testimonios desgarradores revelan,...., idéntica penuria de hombres sometidos al Estado” (LO 29/12/76p.6)

¹⁵⁸ (“Serán puestas fuera de la ley cuatro organizaciones” LO 13/5/76p.13 y “La CAL trató proyectos con los extremismos” LO 14/5/76p.13) La estrategia respondía a un rasgo de la personalidad de Timerman, quien “a menudo, encaramado en la tesis del contrincante, lograba enriquecerla con el aporte de nuevas reflexiones y cuando parecía conceder la razón a su oponente éste descubría que en realidad sus propios argumentos habían cambiado de dirección y se volvían contra él.” (Rotenberg 1999: 21)

¹⁵⁹ Se lee que “se presentó ayer en la redacción de *La Opinión* el señor Eduardo Sobal para denunciar la desaparición de su hijo”, un abogado “presuntamente secuestrado” cuando “varios civiles armados se apoderaron (de él) en momentos en que éste abandonaba su estudio... y lo introdujeron por la fuerza en un automóvil...”; luego informa que una mujer “interpuso un recurso de hábeas corpus... en favor de su hijo... de 25 años, capturado por un grupo de desconocidos en la fábrica... donde prestaba servicios” y que “fue reiterado” en un juzgado un recurso interpuesto por cinco personas de una familia. Todo esto se publica disimulado junto a otras noticias bajo el título “Hubo más detenciones de ex funcionarios” (LO 22/4/76p.8)

¹⁶⁰ (“Los derechos humanos en el presente contexto socio-político de Argentina” LO 9/1/77) El texto, firmado por Vicente Pellegrini, había pasado desapercibido en la publicación religiosa de origen pero causó el secuestro de la tirada de *La Opinión* el 30/1/77 y su clausura por dos días cuando este diario lo reprodujo. El director protesta en tapa por la medida y pide a Videla que reflexione sobre el hecho. (LO1/2/77p.1)

argentina lo merecen"... "pero eso hubiera sido una discriminación contra los argentinos que no conocen el idioma inglés". "Claro que muchos lectores podrán decir que sería mucho mejor que *La Opinión* fuera tan valiente como el *Herald*", admite el diario, "pero el hecho es que no lo es".¹⁶¹ Lo que en forma cifrada está diciendo el articulista, posiblemente el propio director, es que *La Opinión* está más expuesta que el *Herald*, protegido por la embajada británica, que sus límites son otros y no puede ir tan lejos en las denuncias como el diario inglés. Así lo recordó Timerman en una entrevista años después (Klimmeck 1991) y lo confirmó su secuestro por personal militar el 15 de abril de 1977 al que siguió la intervención y expropiación del diario. La detención ilegal de Timerman terminó con una experiencia renovadora del periodismo argentino aunque, sorprendentemente, no con la creencia del veterano periodista en que habría sectores "moderados" en el gobierno militar a los que había que continuar apoyando.¹⁶²

¹⁶¹ "Un editorial del Buenos Aires Herald" LO 8/7/76últ.pág.

¹⁶² Eso concluye Timerman desde el exilio, al final del testimonio de su temporada como "desaparecido" (1981).